BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

LOS VIGILANTES DEL COSMOS

Joseph Berna

CIENCIA FICCION



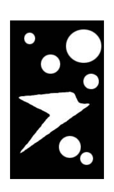

eb
LA CONQUISTA
DEL ESPACIO

JOSEPH

BERNA

LOS VIGILANTES DEL COSMOS

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n° 437
Publicación semanal



EDITORIAI. BRUGUERA, S. A.

BARCELONA BOGOTA BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

432— El Planeta de los cíclopes rojos - *Kelltom McIntire.*
433 — El horror llego del mar - *Curtis Garland.*
434—Poder sin limites - *Glenn Parrish.*
435—El éxodo de los dioses-*.Kelltom McIntire.*
436— El enigma del microcosmos - *Ralph Barby*

ISBN 84-Ü2-U2525-0
Depósito legal: B. 34.566 - 1978
Impreso en España - Printed in Spain
1.* edición: diciembre. 1978

Impreso en los talleres gráficos de Editorial Bruguera, S. Pare!»
del Valle* (\-152, Km
21.á50i
Barcelona
1978

CAPITULO PRIMERO

En el año 2375, buena parte del Universo había sido explorado ya.

Eran numerosas las galaxias recorridas por los exploradores de la Confederación Espacial.

Muchos los planetas habitados por seres inteligentes.

Desgraciadamente, no todos pacíficos.

De ahí que un buen número de naves del Cuerpo de Vigilantes del Espacio recorriesen continuamente el Universo, con la misión de meter en cintura a todo aquel que intentase romper la paz de los mundos que formaban parte de la Confederación Espacial.

Dichos intentos no eran frecuentes, pero solían producirse alguna que otra vez, por lo que las naves de los Vigilantes del Espacio se hallaban siempre alerta, prestas a intervenir a la menor señal de alarma.

Estas naves estaban tripuladas por hombres escrupulosamente escogidos, pues era necesario poseer una serie de condiciones, tanto físicas como morales, para ingresar en el Cuerpo de Vigilantes del Espacio.

Una vez admitidos, estos hombres eran adiestrados durante un período de seis meses, tan duramente, que algunos de ellos renunciaban y se volvían a sus casas, cansados de tanto entrenamiento.

Los que llegaban hasta el final, y superaban satisfactoriamente todas, y cada una de las difíciles pruebas, eran destinados inmediatamente a la Base de los Vigilantes del Espacio, una inmensa plataforma flotante que podía desplazarse, en caso de necesidad, como cualquier astronave, pues estaba dotada de poderosos reactores nucleares, alimentados por una colosal pila atómica.

Desde dicha plataforma, en cuyo centro se elevaba el edificio de la Base protegido por una gigantesca cúpula de un material solidísimo y transparente, partían las naves a recorrer las distintas rutas del Universo

Todas las naves permanecían continuamente en contacto con la Base para informar de cualquier incidente que pudiese surgir o recibir órdenes.

Sus sistemas de comunicación eran tan avanzados, que desde el punto más lejano del

Universo podían establecer contacto con la Base y viceversa.

Transcurridos noventa días, las naves regresaban a la Base y sus tripulaciones gozaban de treinta días de permiso, que podían disfrutar donde ellos quisieran.

Concluido el período de descanso, los Vigilantes del Espacio se

reincorporaban a la Base

y emprendían un nuevo viaje.

Otros noventa días de recorrido por el Universo.

Para muchos de los Vigilantes del Espacio, estos viajes se hacían largos y aburridos, pero nadie protestaba.

Todos comprendían que era necesario ese tiempo pues las naves recorrían todas las galaxias conocidas y exploradas, y aunque viajaban a velocidades asombrosas, las distancias eran enormes y no podían salvarse en menos de cuarenta y cinco días, que sumados a los otros cuarenta y cinco que necesitaban para retornar a la Base, hacían los noventa previstos.

Esto, naturalmente, cuando el viaje se desarrollaba sin incidencias.
Y este, desgraciadamente, no iba a ser el caso de los tripulantes de la WZ-303. Ellos iban a tener problemas.
Y muy gordos.
Todo empezó cuando los aparatos de la nave captaron un S.O.S. Repetido.
Angustioso.
Desesperado.
Brus Lager, comandante de la WZ-303, fue advertido rápidamente, a través del intercomunicador, por Jed Oms, segundo de a bordo.
Jed Oms hablaba desde la cabina de mandos.
Brus Lager saltó de su litera, donde se había tendido apenas media hora antes, sin despojarse del ceñido traje espacial ni de las botas, altas y flexibles.
Contaba treinta años de edad, medía 1,90 de estatura, y poseía un cuerpo elástico y fuerte. Tenía el cabello negro, recio y rebelde, y sus facciones eran correctas.
Brus Lager salió de su camarote y corrió hacia la cabina de mandos.
Allí, además de Jed Oms, se encontraban otros cuatro miembros de la tripulación, todos pendientes de los distintos aparatos.
—¡Comandante Lager! —exclamó Oms, volviéndose hacia su superior.
Era un joven de unos veintiséis años, pelo rubio, facciones agradables, de talla ligeramente inferior a la de Brus Lager. Rebosaba vitalidad por cada uno de sus poros.
—Aquí estoy, Jed. ¿Qué sucede? —inquirió Lager.
—¡Un S.O.S., señor!
—Eso ya me lo dijiste por el intercomunicador. ¿De dónde procede? ¿Quién lo manda?
—Lo último no hemos podido averiguarlo, pues la señal se interrumpió de pronto, bruscamente, antes de que pudiéramos establecer contacto con la persona que lanzaba el S.O.S. Pero sí sabemos de dónde procedía. El computador acaba de facilitarnos todos los datos —informó el segundo de a bordo.
—¿Qué dice el computador?
—El S.O.S. era lanzado desde Kellok, un pequeño y solitario planeta. Según las coordenadas facilitadas por el computador, debe hallarse exactamente aquí —Oms señalo un punto de la gran carta de navegación que permanecía extendida sobre una mesa de sólido vidrio.
—Kellok... —repitió Lager, observando atentamente la carta de

navegación—. ¿Qué
más dice el computador sobre ese pequeño planeta?

—Que por su edad geológica, relativamente reciente, no es probable que existan en él seres inteligentes, aunque la vida en Kellok es perfectamente posible. El aire es respirable; la temperatura, soportable; el agua, abundante.

—¿No ha sido explorado?

—Sí, aunque muy superficialmente.

—¿Y...?

—Ningún signo de vida. Los paisajes son desolados y tristes. Hay infinidad de montañas, enormes y achatadas; profundos cráteres; extraños mares, de aguas verdosas y serenas. .

—Pues, si la llamada de socorro procedía de Kellok, es porque allí hay alguien.

—Evidentemente, señor. Habitante de Kellok o no, pero hay alguien. Y está en peligro.

—Efectúa el oportuno cambio de rumbo, Jed. Y acelera la velocidad de la nave al máximo —ordenó Lager—. Tenemos que estar en Kellok lo antes posible.

—Bien, señor.

Brus Lager se sentó frente a una gran pantalla electrónica. La conectó y comenzó a hablar:

—WZ-303 llamando a la Base. WZ-303 llamando a la Base. Responda, Base.

En la pantalla no tardó en aparecer la imagen de Lunk Rochma, jefe supremo de la Base de Vigilantes del Espacio, un hombre de unos cincuenta años de edad, corpulento, de cabello gris y mirada inteligente.

—¿Qué ocurre, comandante Lager?

—Hemos recibido una llamada de socorro del planeta Kellok, señor.

—¿Kellok...?

Brus Lager le dijo lo que sabía sobre el pequeño y solitario planeta.

Lunk Rochma consultó rápidamente los datos que en la Base tenían sobre Kellok, facilitados por los exploradores de !a Confederación Espacial.

—Kellok es un planeta muerto, comandante Lager —dijo,

—Aparentemente muerto, señor —corrigió Lager.

—Según el informe de los exploradores que lo visitaron..

—Conozco el informe de los exploradores, señor. Sé que dice que no hay signos de vida en Kellok, aunque esta es perfectamente posible. Pero allí hay alguien. Alguien que corre peligro. Hemos variado el rumbo y nos dirigimos a Kellok.

—Bien. Manténgame informado, comandante Lager.

—Lo haré, señor.

La imagen del jefe supremo de la Base de Vigilantes del Espacio desapareció de la pantalla.

Brus Lager la desconectó y se levantó del sillón.

Permaneció en la cabina de mandos hasta que el planeta Kellok apareció a lo lejos.

—Ahí lo tenemos, comandante —dijo Jed Oms, observando el pequeño planeta a través del amplio mirador de la nave.

Aunque estaba todavía muy lejano, en sólo unos pocos minutos estarían

sobrevolándolo, dada la fantástica velocidad que en aquellos momentos desarrollaba la
WZ- 303, por lo que Brus Lager ordenó:

—Jed, reduce la velocidad y pon en funcionamiento los cohetes de frenado. Tanko, conecta la pantalla telescópica.

El llamado Tanko, un robusto hombre de color, conectó la pantalla telescópica, y en ella apareció el planeta Kellok, tan cerca, que su superficie pudo apreciarse casi con todo detalle.

Era tal y como habían dicho en su informe los exploradores de la Confederación
Espacial.

Triste.

Desoladora.

Y un tanto siniestra y fantasmagórica...

Sí, porque sus enormes y achatadas montañas semejaban gigantescos monstruos petrificados; sus profundos cráteres, descomunales bocas deseosas de engullir para siempre todo aquello que cayese en ellas; y sus extraños mares, de aguas verdosas y misteriosamente quietas, parecían ocultar horribles bestias anfibias, ansiosas de tragarse algún ser vivo, también.

Los cohetes de frenado habían reducido considerablemente la velocidad de la nave, por lo que ésta pudo sobrevolar el planeta Kellok a la velocidad adecuada, sin ayuda ya de los cohetes de frenado, los cuales dejaron de funcionar a una orden de Brus Lager.

En la pantalla telescópica, ahora, podían apreciarse hasta los mínimos detalles de la árida superficie de Kellok.

Ninguna vegetación.

Sólo el suelo duro y seco; arenoso, en algunas zonas.

La WZ-303 sobrevoló varias veces el planeta, sin encontrar el menor rastro de la persona que lanzara aquel repetido, angustioso y desesperado S.O.S.

De pronto, se escuchó la voz de Lunk Rochma:

—Base de Vigilantes de! Espacio llamando a WZ-303. Base de -Vigilantes de! Espacio llamando a WZ-303.

Brus Lager se acercó a la pantalla electrónica y la conectó, una vez sentado en el sillón.

—Le escucho, señor.

—¿Han llegado ya a Kellok, comandante Lager?

—Sí, señor. Estamos sobrevolando el planeta.

—¿Y...?

—No hemos encontrado nada todavía.

—Sigan buscando, comandante Lager. Es posible que encuentren una pequeña nave.

—¿Una nave?

—Acabamos de recibir una llamada del planeta Syro. El Banco más importante de Syro, el Intergaláctico, ha sido asaltado. Los atracadores, tres hombres y dos mujeres, lograron huir de Syro en una pequeña, pero velocísima nave, llevándose como rehén a una joven, empleada del Banco. Los asaltantes deben saber que es difícil burlar a los Vigilantes del Espacio, y por eso sospecho que su plan es permanecer ocultos en algún planeta solitario y deshabitado durante un tiempo, el suficiente para que nuestras naves se cansen de buscarlos por todo el Universo. Y ese planeta solitario y deshabitado muy bien podría ser Kellok, comandante Lagen

—¿Y la llamada de socorro...?

—Debió enviarla la muchacha que llevan como rehén

aprovechando un descuido de los atracadores.

—Sí, es posible que tenga razón. Si no descubrimos nada sobrevolando el planeta, aterrizaremos en él y lo rastrearemos. Palmo a palmo, sí es necesario. No importa el tiempo que nos lleve.

—Muy bien. Es todo, comandante Lager.

El jefe supremo de la Base de los Vigilantes del Espacio corló la comunicación y su imagen desapareció de la pantalla.

CAPITULO II

La WZ-3Q3 sobrevoló unas cuantas veces más la superficie de Kellok, sin ningún resultado positivo, por lo que el comandante Lager ordenó aterrizar en el planeta.

La nave se posó suavemente

en una extensa planicie. Brus

Lager dio las instrucciones:

—Formaremos cuatro parejas y partiremos en otras tantas direcciones, utilizando los cinturones cohete. Si una de las parejas descubre algo, debe limitarse a comunicarlo a las otras tres. Prohíbo cualquier iniciativa. ¿Entendido, muchachos?

Los miembros de la tripulación, once hombres en total, asintieron.

Lager señaló a los cuatro hombres que debían quedarse en la nave, custodiándola, y los siete restantes, junto a él ¡se trasladaron a una cabina contigua, dónde procedieron a equiparse convenientemente.

Unos minutos después, los ocho hombres

abandonaban la nave. De dos en dos.

Los cinturones cohete funcionando ya.

Se alejaron en cuatro

direcciones distintas.

Brus Lager y Jed Oms,

su segundo, iban juntos.

En menos de un minuto, las cuatro parejas quedaron tan distanciadas entre si que ya no podían verse.

Pero sí escucharse, naturalmente.

Todos portaban, en el cinto, un diminuto videófono.

Brus Lager no tardó en utilizar su videófono, para preguntar a sus hombres si habían descubierto algo.

La respuesta fue

negativa en todos los

casos. La búsqueda

continuó.

De pronto, al sobrevolar a baja altura, una superficie arenosa, Brus Lager manipuló su cinturón cohete y se detuvo en el aire.

—¡Eh, Jed!

Jed Oms efectuó un giro y se reunió con su comandante, quedando suspendido en el aire, también.

—¿Ha visto algo, comandante?

—Ahí abajo, Jed. La arena.

—¿Qué pasa con ella?

—Yo juraría que ha sido removida recientemente.

Oms observó la grisácea arena con más detenimiento.

—Si, creo que tiene razón, comandante. Su tono es ligeramente más oscuro.

—Alguien enterró algo en ese lugar, Jed

—Algo bastante grande.

-Tan grande como una pequeña nave.

Jed Oms respingó ligeramente.

—¿De veras piensa que...

—Es el escondite más seguro, Jed. Pero no nos precipitemos. Excavaremos en este lugar y veremos lo que sale. Llama a los muchachos Que vengan todos aquí.

Oms hizo lo que le ordenaba su comandante.

Lager llamó a la nave y ordenó a Tanko, uno de los hombres que habían quedado custodiándola, que le trajera el tubo de absorción.

Con él, retirar la arena sería sencillo y rápido.

Brus Lager y Jed Oms descendieron al suelo y apagaron los cohetes de sus cinturones. Un rato después, las otras tres parejas de rastreadores y el negro Tanko estaban con

s.

—Maneja tú el tubo de absorción, Tanko —ordenó Lager.

El fornido negro dirigió la ancha boca del tubo a la arena que sospechaban había sido removida recientemente y accionó el potente aparato.

Era todo un espectáculo ver cómo el tubo, de poco más de un metro de longitud, absorbía la arena y la lanzaba lejos por el otro extremo del aparato.

Brus Lager y el resto de sus hombres permanecían atentos, empuñando fusiles de rayos caloríficos.

A los pocos minutos de haber entrado en funcionamiento el poderoso tubo de absorción, empezó a quedar visible lo que había sido escondido bajo la grisácea arena. El comandante Lager había acertado de lleno.

Se trataba de una nave.

Pequeña y moderna.

Con capacidad máxima para seis personas. Lager conocía aquel modelo.

Era una maravilla de la ingeniería.

Rapidísima, ágil, de fácil maniobra..

El tipo de nave ideal para un pequeño grupo de personas que precisan huir de alguien. En aquel caso concreto, de la Justicia,

Sí.

No había la menor duda.

Aquélla era la nave de los asaltantes del Banco Intergaláctico de Syro.

La habían enterrado allí, en la arena, para que no pudiera ser descubierta por los Vigilantes del Espacio.

La pequeña nave quedó totalmente visible.

A una indicación de Brus Lager, éste, Jed Oms, y otros tres hombres, descendieron hasta la nave.

El comandante Lager abrió la puerta, utilizando un mando de control remoto que portaba en el cinturón.

Penetraron los cinco en la nave, mientras los otros cuatro hombres quedaban arriba, vigilando.

La nave, lógicamente, estaba vacía.

Pero encontraron el valioso botín.

—Bueno, de momento, ya hemos recuperado el producto del robo —comentó Oms, sonriendo.

—Falta lo más importante, Jed —repuso Lager.

—Los atracadores no deben andar lejos, comandan te. Los atraparemos también.

—Presiento que no será fácil. Ya deben saber que estamos aquí; habrán visto nuestra

nave sobrevolando el planeta.

—Por muy bien que se escondan, daremos con ellos.

—Lo que me preocupa no es que se escondan bien, sino la muchacha que tienen como rehén, la empleada del Banco. Es fácil adivinar que la utilizarán para escapar de nosotros.

—Sí, eso puede ser un problema —rezongó Oms.

—Bien, salgamos de la nave —indicó Lager.

Los cinco hombres abandonaron la pequeña nave y salieron del hoyo que se había formado al retirar la arena que cubriera la nave.

—Tanko.

—¿Sí, señor? —inquirió el negro, mirando a su comandante.

—Tú, Long y Altig, vais a regresar a la WZ-303, pero no utilizando los cinturones cohete, sino en la nave de los atracadores. Y os quedaréis allí, custodiando las dos naves. Con los ojos bien abiertos. Es posible que los atracadores intenten apoderarse de nuestra nave.

—No lo lograrán, señor —aseguró Tanko—. Estaremos alerta en todo momento.

—Nosotros nos esforzaremos por atraparlos antes de que ellos intenten nada. Ah, y otra cosa. En cuanto lleguéis a la WZ-303, llama a la Base e informa a Lunk Rochma de que hemos encontrado la nave de los asaltantes de! Banco Intergaláctico de Syro y recuperado el botín, y que estamos buscando a los ladrones y a la muchacha que se llevaron como rehén.

—Así lo haré, señor.

—En marcha, muchachos —indicó Lager.

Tanko, Long y Altig descendieron a la nave y penetraron en ella.

Brus Lager y el resto de sus hombres se apartaron unos metros del hoyo.

Instantes después, la pequeña nave, pilotada por Tanko, ascendía verticalmente y salía del hoyo, provocando un remolino de arena.

Brus Lager esperó a que la nave se alejara y dijo:

—Bien, muchachos, vayamos en busca de esa gentuza. Como antes, nos dividiremos en parejas. La primera que dé con el rastro de los atracadores, que lo comunique inmediatamente a las otras dos. No intentaremos nada contra ellos hasta que no nos hallemos de nuevo reunidos los seis. No olvidéis que ellos son cinco, y aunque dos son mujeres, forman un grupo peligroso, pues deben ir armados hasta los dientes. No quiero que ninguno de vosotros se arriesgue tontamente. ¿Comprendido?

Todos los hombres respondieron afirmativamente.

—Suerte, muchachos —deseó Lager, y puso en funcionamiento su cinturón cohete. Jed Oms se apresuró a imitarle

Los otros cuatro hombres hicieron lo propio.

Segundos después, partían los seis en tres direcciones distintas. Volaban a poca altura y a moderada velocidad.

Lager y Oms se adentraron en un grupo de aquellas montañas de aspecto tan siniestro y tan fantasmal.

Era un buen lugar para esconderse, no cabía duda.

Y no estaba lejos del punto donde los atracadores enterraran su nave.

Brus Lager y Jed Oms, con los fusiles de rayos caloríficos prestos a ser utilizados, siguieron adentrándose en las montañas.

Fue Oms quien descubrió algo en el suelo que le llamó la atención.

—Un momento, comandante —rogó, parándose en el aire. Lager se detuvo también.

—¿Has descubierto algo, Jed?

—Creo que sí. Observe ahí abajo, entre esas rocas.

—Sí, parece que hay algo. Descendamos, Jed.

Lager y Oms realizaron la oportuna maniobra y descendieron hasta el suelo.

—¡Es una pistola de rayos desintegradores, comandante! —exclamó Oms, agachándose para recoger el arma.

—De los atracadores, sin duda —comentó Lager

—¿Cómo es posible que la perdieran...?

Brus Lager iba a responder, cuando una sustancia extraña, verdosa y espesa, cayó de pronto sobre la cabeza de Jed Oms, como un gigantesco copo.

CAPITULO III

La verdosa sustancia, viscosa y repugnante, resbaló rápidamente por el cuerpo de Jed Oms, cubriéndole el torso y los brazos.

Brus Lager había levantado la cabeza un segundo después de que sobre Oms cayera aquel enorme copo de extraña sustancia.

No pudo evitar un estremecimiento al descubrir a los dos espantosos seres que tan silenciosamente habían aparecido en lo alto de una gran roca saliente.

Su piel era de color verde oscuro, y su cuerpo se asemejaba bastante al de una abeja reina.

Una abeja reina gigantesca, naturalmente, pues aquellos seres, erguidos, medirían alrededor de los dos metros.

Como las abejas, tenían cabeza, tórax, abdomen, tres pares de patas, un par de antenas, aguijón...

En el mismo centro de la cabeza, y justo debajo de unos ojos compuestos, horribles, tenían una especie de pico ganchudo, de unos treinta centímetros de longitud, por el cual segregaban la repugnante sustancia.

Brus Lager hizo bien en mirar hacia arriba con tanta rapidez, pues así pudo descubrir a tiempo que, directo a su cabeza, caía otro gigantesco copo de sustancia verdosa.

El comandante de la WZ-303 se desplazó hacia su izquierda de un ágil salto y levantó su fusil, apuntando a los horripilantes seres.

Accionó el disparador con rapidez.

El rayo calorífico alcanzó en el tórax a uno de los repugnantes bichos.

El animal lanzó un extraño y agudo chillido y cayó de la roca saliente, abrasado. Quedó inmóvil en el suelo, encogido.

El otro bicho, que había dejado caer otro enorme copo de sustancia verdosa sobre Jed Oms, el cual se debatía infructuosamente tratando de desprenderse del viscoso y espeso líquido, se retiró velozmente al ver caer abrasado a su compañero.

Brus Lager estuvo tentado de poner en funcionamiento su cinturón cohete y perseguir al animal.

Pero no lo hizo.

Jed Oms necesitaba ayuda.

Al fijarse en su segundo, Brus Lager sintió que se le erizaba la piel.

—¡Dios mío! —exclamó, horrorizado.

El segundo copo de sustancia verdosa había terminado de envolver a Jed Oms. Pero lo que causaba horror no era esto, sino que el glutinoso líquido había formado una especie de gigantesca burbuja transparente, en cuyo interior había quedado encerrado Oms.

Encerrado...

e

indefenso.

Apenas

podía

moverse.

Su cuerpo estaba pegado a la pared de la enorme burbuja.

El luchaba furiosamente por despegar sus manos y pies de la sustancia, pero era como si estuviese atado a ella con resistentes cuerdas.

—¡ Sáqueme de aquí, comandante Lager! —gritó Oms,

desesperado.

Su voz llegó, sin embargo, débilmente a los oídos de Lager.

La burbuja la
ahogaba casi por
completo. Brus
Lager titubeó.

Sabía que no podía tocar la burbuja, pues lo más probable es que sus manos quedasen pegadas a ella, y entonces estaría tan indefenso como el propio Oms.

Tampoco se atrevía a utilizar su fusil.

El rayo calorífico perforaría seguramente la burbuja, y podría
abrasar a Oms.

—¡Comandante, por favor! —suplicó Oms, que seguía luchando inútilmente por despegarse de la pared de la burbuja.

Lager se llevó las manos a la boca, a modo de megáfono, y gritó:

—¿Puedes oírme, Jed?

—¡Sí!

—¿Estás bien?

—¡Sí, pero no puedo librarme de esta maldita sustancia !

—¡Tranquilo, Jed, te sacaré de ahí! ¡Pero no puedo hacerlo yo solo! ¡Voy a llamar a los muchachos!

—¡De prisa, comandante! ¡No entra aire en esta condenada burbuja, y pronto tendré dificultades para respirar!

—¡No temas, Jed! ¡Estarás libre antes de que el oxígeno te falte!

—aseguró Lager,
quien, seguidamente trató de establecer comunicación con las otras dos parejas que rastreaban Kellok.

Empezó a ponerse pálido al ver que ninguno de los cuatro hombres respondía a su llamada.

En el interior de la burbuja, Jed
Oms palideció también. Brus
Lager repitió la llamada.

Nerviosamente.

Sin apartar
sus ojos de
los de Oms.

Este gritó:

—¡Deben haberlos atrapado
también, comandante! Lager
no respondió.

El
también
pensaba
lo
mismo.

Miró

hacia
arriba.
Como temiendo que aparecieran más bichos de aquéllos.
Por el momento, no vio ninguno.
El que él había abatido con su fusil,
continuaba en el suelo. Inmóvil,
Encogido.
Estaba
muerto.
Su horrible cuerpo despedía un hedor penetrante, nauseabundo.
Brus Lager accionó de nuevo el diminuto videófono.
—¡Comandante Lager llamando a WZ-303! ¡Comandante Lager llamando a WZ-303! En la minúscula pantalla del aparato apareció la imagen de Tanko, el fornido negro.
—Aquí WZ-303. ¿Qué ocurre, comandante1
—¡Jed Oms está en peligro! ¡Y no consigo establecer contacto con los demás!
—¿Qué ha sucedido...?

—¡Jed y yo hemos sido atacados por una pareja de horribles bichos! ¡Maté a uno, pero el otro huyó! ¡Jed está encerrado en una gigantesca burbuja, y yo solo no puedo sacarlo de ella! ¡Temo que Dagge, Palk, Jessen y Bito, hayan sido atacados también por esos es- pantosos seres!

—¡Cielos! —se estremeció el negro.

—¡Ven inmediatamente hacia aquí, Tanko! ¡Que te acompañen Long y Altig! ¡Utilizad la nave de los atracadores! ¡Nuestra posición es...!

Brus Lager interrumpió la llamada.

Bruscamente.

Un verdadero enjambre de aquellos alucinantes seres estaba surgiendo de la gran roca saliente.

Y, como se trataba de seres alados, se echaron a volar, para atacar al comandante de la WZ-303 desde todas direcciones.

Brus Lager no tuvo más remedio que, olvidarse de! reducido videófono, para poder hacer frente con su fusil al ejército de monstruosos animales.

Éstos ya estaban dejando caer enormes copos de aquella maldita sustancia verdosa que segregaban sus ganchudos y largos picos.

Brus Lager tenía, pues, dos trabajos: abatir bicharracos de aquellos y esquivar los copos de pegajosa sustancia.

Demasiada tarea.

Si los bichos no hubiesen sido tantos, quizá hubiera logrado abatirlos a todos. Abrasó a seis.

No pudo derribar a más.

Uno de los múltiples copos de sustancia verdosa le cayó encima y ya no pudo disparar de nuevo su fusil.

Lager intentó desprenderse por todos los medios del condenado líquido, pero éste le cubrió rápidamente hasta la cintura, inutilizándole prácticamente los brazos. Otros dos copos de sustancia

verdosa le alcanzaban escasos segundos después. Los horrorosos animales dejaron de segregar aquel pestilente líquido.

Como si entendieran que su víctima no necesitaba más. Y así fue.

La sustancia, después de envolver totalmente a Brus Lager, formó otra gigantesca burbuja transparente, encerrando a éste.

El comandante de la WZ-303 se agitó rabiosamente en el interior de la burbuja, pero no consiguió despegarse de la sustancia, por lo que, finalmente, desistió.

Los horribles seres fueron descendiendo al suelo y rodearon ambas burbujas. Por el momento, se limitaron a observar a sus presas.

Brus Lager miró a Jed Oms.

Este, como él, ya no forcejeaba.

Había comprendido también que no había forma de despegarse de la viscosa sustancia. Oms movió la boca.

Estaba diciendo algo.

Lager no pudo oírle.

Tampoco Oms podría oírle a él.

Sus voces podían atravesar una de las burbujas, pero no las dos.
Los seres que los habían capturado dejaron de observarlos y se pusieron a trabajar.
Y su trabajo no fue otro que sujetar las dos burbujas con sus patas anteriores y emprender el vuelo.
Brus Lager y Jed Oms vieron corno las burbujas, con olios dentro, eran elevadas con facilidad hacia la gran roca saliente.
Ambas burbujas fueron depositadas sobre la roca.
Entonces descubrieron la entrada que había en la pared de la montaña. Los horribles seres empujaron las burbujas hacia la entrada.
Lager y Oms la cruzaron.
Los animales la cruzaron también.
Cuando todos estuvieron dentro de la montaña, cuatro de los bichos empujaron una gran roca, ¡a cual cubrió totalmente la entrada.
Algunos de los seres empujaron de nuevo las burbujas, haciéndolas rodar por un túnel,
escasamente iluminado por una luz amarillenta que parecía proceder del fondo del mismo.
El suelo tenía una ligera pendiente, que se fue acentuando a medida que se adentraban en él.
El oxígeno, en el interior de las burbujas, era cada vez más escaso, y se hacía mucho más difícil respirar.
Especialmente, en la de Jed Oms, por haber sido formada antes. El fue el primero en perder el conocimiento.
Poco después, era Brus Lager quien perdía la noción de la realidad y quedaba sumido en el negro y profundo pozo de la inconsciencia.
Los horrorosos seres siguieron empujando las burbujas por aquel túnel de marcada pendiente, que parecía no tener fin.

CAPITULO IV

Brus Lager sintió que alguien le tocaba la cara.

Con suavidad.

Con delicadeza.

Eran unas caricias muy agradables.

El comandante de la WZ-303 despegó lentamente los párpados.

Contempló el rostro de la muchacha en cuyo regazo descansaba su aún no totalmente despejada cabeza.

Era un rostro precioso.

Ojos, nariz, pómulos, boca...

Todo lo tenía bonito.

También su cabello, muy largo, de color verde esmeralda, era una preciosidad.

La hermosa joven, al ver que él recobraba el conocimiento, dejó de acariciarle el rostro con su cálida mano y le sonrió dulcemente.

—¿Cómo se encuentra?

Brus Lager, en lugar de responder, irguió el torso y miró a su alrededor. Vio a Jed Oms, su segundo.

Yacía en el suelo, boca arriba, los ojos cerrados, inmóvil.

Había otras dos personas, sentadas en el suelo, con la espalda apoyada contra la pared de aquella especie de profundo pozo, suficientemente iluminado por la amarillenta luz que llegaba desde arriba, donde él se había despertado.

Dos

mujeres.
Jóvenes y hermosas también, aunque sus rostros carecían de la bondad y ternura que podía apreciarse en el de la oirá muchacha, la que le acariciara cariñosamente el rostro. Las dos vestían ligeros trajes espaciales, de una sola pieza, tan ajustados, que las tentadoras curvas de sus cuerpos quedaban descaradamente señaladas.
Ellas le
contemplaban
a su vez.
Fríamente.
Sin
la
menor
emoción.
Brus Lager dejo de observar a las dos mujeres y se acercó a Jed Oms, cuyo pulso tomó nerviosamente.
—Sólo está desvanecido —le tranquilizó la bella muchacha de cabello verde esmeralda.
En
efecto,
El pulso de
Jed Oms
era normal.
Solo
estaba
inconsciente.
Brus Lager soltó la muñeca de Oms y se fijó mejor
en la hermosa joven.
Ella no vestía traje espacial, sino un cortísimo vestido de color cobre, muy brillante, que le dejaba al aire los hombros y la espalda, amén de sus tersos y esbeltos muslos. Las botas, altas hasta la rodilla, eran del mismo color.
—¿Cómo te
llamas? —
preguntó Lager.
—Dana. Dana Hagen —
respondió la muchacha.
—La empicada del Banco Intergaláctico de
Syro, ¿me equivoco?

—No, no se equivoca.
—Y estas —Lager se volvió hacia ¡as otras dos muchachas—, las dos mujeres que, junto con tres individuos, asaltaron el Banco y te llevaron como rehén...
—Así es. La del pelo azul se llama Ulla, y la otra, Gena —informó. Dana.
—¿Dónde están los tipos? —inquirió Lager.
—No lo sabemos —respondió Dana Hagen—, Fuimos atrapados los seis a la vez por esos horribles animales, poco después de haber enterrado la nave en la arena, sucedió al adentrarnos en las montañas, en busca de un buen lugar donde escondernos. De pronto empezaron a caernos encima unos enormes copos de esa sustancia verdosa y glutinosa que segregan los bichos. La sustancia formó unas gigantescas burbujas, en cuyo interior quedamos encerrados, pegados al viscoso líquido. Luego los animales cargaron con las seis burbujas y nos metieron en la montaña, por una entrada que se disimula con una gran roca. Descendimos por un interminable túnel, empujados por los monstruosos bichos. En el interior de las burbujas pronto se hizo muy difícil respirar, pues no entraba el aire. Yo me desvanecí... Cuando me despené, ya me encontraba en este lugar, con Ulla y Gena. Los animales debieron sacarnos de las burbujas y depositarnos en este profundo pozo, del que no es posible salir. Horas más tarde, los bichos los depositaban a ustedes dos, inconscientes.
Brus Lager miró hacia arriba. Pensó que Dana Hagen tenía razón. Sería muy difícil salir de aquel pozo.
Tenía casi cinco metros de profundidad, y sus paredes eran lisas, imposibles de escalar. Si los animales no les hubiesen despojado

de los cinturones cohete...
Pero les habían despojado de eso y de todo lo demás. Fusil de rayos caloríficos.
Videófono portátil...
Control de mando a distancia
Sólo les habían dejado el traje espacial y las botas.
—Tal vez los tipos estén en otro pozo similar a este —comentó Lager.
—Es posible. Aunque también es posible que estén muertos...
—repuso Dana Hagen.
—¡Cállate! —rugió Ulla, la del cabello azul, mirando con odio a la empleada del Banco Intergaláctico de Syro.
—Lo siento —murmuró Dana, bajando la cabeza.
¡Tú tienes la culpa de que ahora nos veamos en esta desesperada situación!
—¿Yo...? —exclamó Dana.
—¡Si, tú!
—Ulla tiene razón, Dana —intervino Gena, la del pelo rojizo—. Si tú no hubieras lanzado el S.O.S., aún seguiríamos los seis en la nave, cómodos y tranquilos.
—Pero no, tuvo que hacerlo, y estropearlo todo —masculló Ulla—, Ya no podíamos permanecer en la nave. Corríamos el riesgo de que tu S.O.S hubiese sido captado por alguna de las naves de los Vigilantes del Espacio, como de hecho sucedió, y nos vimos obligados a enterrarla en la arena, para que no pudiese ser descubierta por los Vigilantes del Espacio si venían a Kellok.
—La descubrimos de todos modos, Ulla —informó Lager.

—¿Qué? —respingó la chica.

—¿Cómo pudieron, —murmuró Gena, la otra atracadora.

—Al sobrevolar ese punto del planeta, con nuestros cinturones cohete, nos dimos cuenta de que allí la arena parecía haber sido removida recientemente. Excavamos, y encontramos vuestra nave.

—Entonces, el botín... —musitó Gena.

—Lo llevamos a nuestra nave —respondió Lager.

Ulla miró a Dana, con más odio que antes.

—¡Maldita! ¡Tanto tiempo planeando minuciosamente el atraco, para que ahora, por tu culpa...! ¡Gruyo debió matarte, cuando te sorprendió lanzando el S.O.S.!

—¡Wobo me obligó a lanzarlo! —replicó Dana Hagen—, ¡Si no hubiera intentado abusar de mí, mientras Gruyo, Ferro, Gena y tú dormíais, yo no le hubiera golpeado en la cabeza con aquella pesada linterna!

—¡Tú le provocaste!

—¡ Eso no es cierto!

—¡Habíais ideado un plan! ¡Incitar a Wobo a que te hiciera el amor, golpearle con la linterna en la cabeza cuando él se descuidara un instante, y dejarlo inconsciente, para poder lanzar el S.O.S.!

—¡Mentira! ¡Yo no incité a ese cerdo! ¡Dormía tranquilamente, cuando de pronto noté que una mano se deslizaba por entre mis muslos! ¡Abrí los ojos bruscamente y descubrí a Wobo, tendido a mi lado! ¡Quise gritar, pero él me cubrió la boca con su mano y saltó sobre mí como una fiera! ¡Comprendiendo que quería violarme, luché desesperadamente con él! ¡Por fortuna, mi mano tropezó con la linterna! ¡La empuñé decididamente y la descargué sobre su cabeza! Wobo se desplomó pesadamente, sin un gemido. Me lo quité de encima, temblorosa, todavía, y entonces se me ocurrió lo de lanzar el S.O.S. Sabía que Wobo intentaría abusar nuevamente de mí en la primera ocasión que se le presentase, así que no lo dudé más. Desgraciadamente, Gruyo se despertó y me sorprendió...

—¡Wobo juró que tú le incitaste, Dana! —Insistió Ulla, con el rostro congestionado.

—Por dos motivos, Ulla. Primero, porque Gruyo es el jefe de la pandilla y se hubiera enfurecido mucho si él hubiese admitido que había intentado abusar de mí. Y, segundo, porque tu estás enamorada de Wobo, y no le hubieras perdonado que quisiera divertirse conmigo. Decir que yo le había provocado, era lo mejor para él.

—¡También era lo mejor para ti decir que dormías tranquilamente

cuando él...!

—¡ Es la verdad, Ulla!

—¡No te creo! ¡Y Gena tampoco te cree! ¡Dile que es una maldita embustera, Gena!

—¡Claro que lo es! —estuvo de acuerdo Gena—. Tiene cara de ser una muchachita dulce y encantadora, pero es una zorra.

Dana Hagen enrojeció intensamente al oír el insulto de Gena.

Enfurecida, saltó sobre la atracadora y comenzó a abofetearla frenéticamente.

—¡Toma, sucia embustera, toma!

Gena se agarró a ella con furia y ambas rodaron por el suelo, golpeándose mutuamente.

Ulla no quiso ser mera espectadora de la brava pelea y se arrojó sobre Dana, a la que comenzó a golpear

—¡Quietas! —ordenó Brus Lager, lanzándose sobre las tres mujeres, con intención de separarlas.

Fue casualmente entonces cuando se despertó Jed Oms, sin duda ayudado por los gritos que proferían las mujeres, unos de rabia y otros de dolor

Al descubrir a Brus Lager, luchando con tres hermosas muchachas, se rascó la cabeza y rezongó.

—¿Qué diablos estará pasando aquí...?

Brus Lager se las veía y se las deseaba pera separar a las mujeres, pues sus brazos y piernas estaban entrelazados de tal manera que, cuando tiraba de una de ellas, las otras dos se iban detrás como si las tres formasen parte del mismo cuerpo.

—¡Os voy a dejar sin pelo! —gritaba Dana Hagen, tirando furiosamente de las cabelleras de sus rivales.

—¡Te voy a sacar los ojos, perra! —rugía Ulla, buscando con sus uñas la cara de Dana

—¡Y yo te voy a arrancar las orejas a mordiscos! —barbotaba Gena, tratando de cazar con sus dientes uno de los pabellones auriculares de Dana.

Lager le puso una mano sobre la boca a Gena, para impedir que mordiera a la empleada del Banco Intergaláctico de Syro.

Gena, rabiosa, clavó sus afilados dientes en la mano del comandante de la WZ-303.

Lager no pudo reprimir un grito.

Jed Oms, totalmente recuperado ya, se puso en pie y preguntó:

—¿Le echo una mano, comandante Lager. .?

—¡Mejor las dos, Jed! —respondió Lager, alegrándose de ver despierto y en pie a su segundo.

—Ahí voy.

Oms se acercó al grupo de peleadoras y agarró por las piernas a Ulla, tirando con fuerza de ella.

Lager agarró las de Gena e hizo lo propio.

Las dos atracadoras chillaban a pleno pulmón, pues sí bien ellas se habían visto obligadas a soltar a Dana Hagen, esta no había soltado sus cabelleras, y ambas sentían un profundo dolor en el cuero cabelludo.

—¡Suéltalas, Dana! —ordenó Lager.

—¡No quiero! —gritó la joven.

—¡Que las vas a dejar calvas, muchacha! —dijo Oms.

—¡Mejor!

—¡Obedece, Dana, o te ganarás una buena ración de azotes en el trasero! —amenazó Lager.

La joven le miró.

Debió parecerle que el fornido Vigilante del Espacio no amenazaba en broma, pues sus dedos dejaron de hacer presa en las frondosas cabelleras de Ulla y Gena.

Bueno, no ya tan frondosas.

Dana les había arrancado algunos centenares de pelos a cada una de las atracadoras. Lager y Oms soltaron las piernas de Ulla y Gena, las cuales quedaron encogidas en el suelo, cogiéndose con ambas manos el dolorido cuero cabelludo.

Ulla gemía.

Gena, sollozaba.

Dana Hagen, jadeante y sudorosa, se puso en pie.

Sin gemidos.

Y eso que tenía arañazos en los brazos, en las piernas y en el cuello, amén de los golpes recibidos.

La joven intentó ordenarse un poco el caballo. Fue entonces cuando ocurrió.

La delgada tira del vestido que se anudaba en su nuca debía haberse aflojado durante la pelea, y se soltó en el instante justo en que la brava muchacha levantaba los brazos y se llevaba las manos al pelo.

La parte superior del vestido cavó bruscamente y Dana Hagen quedó con el pecho completamente desnudó.

Sólo fue un instante, desde luego, pues la joven lanzó una exclamación de sorpresa y se volvió velozmente.

No obstante, y pese al breve espacio de tiempo, Brus Lager y Jed Oms pudieron comprobar que la muchacha tenía unos senos firmes, moldeados, magníficos.

Lager y Oms cambiaron una mirada.

El segundo soltó una tosecita, como diciendo: «También usted está a las caídas, ¿eh, comandante?».

El primero carraspeó, como respondiendo: «Sobre todo, si son de vestido».

Tras el carraspeo, Lager se acercó a la joven, quien, sin duda debido a su nerviosismo, no acertaba a atarse los tirantes.

—¿Me permites...? —dijo, cogiendo los tirantes.

Dana Hagen no respondió, pero bajo sus manos, dando a entender que aceptaba la ayuda. También bajó la cabeza.

Lager ató los tirantes.

—Ya está.

—Gracias —dijo la joven, sin volverse.

—Lo que ha pasado no tiene importancia, Dana.

—Para mí, sí.

—Jed y yo estábamos pendientes de Ulla y Gena cuando...

—No mienta, comandante Lager. Me estaban mirando a mí.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Oí que Jed le llamaba así.

—Quiero decirte algo. Dana.

—¿Qué?

—Creí todo cuanto dijiste.

—Eso es otra mentira.
—No, de veras.
—Si me hubiera creído, no me hubiese amenazado con darme una ración de azotes en el trasero.
—Eso fue porque no soltabas el pelo a Ulla y Gena.
—Se lo merecían. Me llamaron zorra, perra... Y yo no soy eso.
—Claro que no. Pero había que poner fin a la pelea, Dana. Por eso te amenacé. Pero no

pensaba, cumplir mi amenaza, te lo aseguro.

—Su cara decía que sí.

—Había que acompañar las palabras con el gesto, para que tomaras la amenaza en serio.

—Ya.

—Vuélvete, Dana.

La joven, tras un titubeo, se dio la vuelta y miró al comandante de la WZ-303, con síntomas de rubor todavía en las mejillas.

Lager le sonrió y se volvió hacia Oms.

—Bien, Jed. Hemos de pensar en la manera de salir de este profundo agujero.

—Mi mente está bastante confusa, comandante. ¿No cree que antes debería explicarme...?

—Tienes razón, Jed. Olvidé que cuando Dana me lo contó todo, tú seguías desvanecido. Brevemente, Brus Lager informó a su segundo.

Este, concluido el relato, miró a Dana Hagen y dijo:

—Tampoco yo creo que tú incitaras a ese Wobo, Dana. Aunque, si lo hubieras hecho, con el propósito de aprovechar un descuido suyo para golpearle en la cabeza con la linterna y dejarlo sin sentido, y lanzar luego el S.OS., no creo que nadie pudiera reprochártelo. Hubiera estado plenamente justificado.

La muchacha sonrió suavemente.

—Gracias, Jed,

Brus Lager miró una vez más hacia arriba y dijo:

—Creo que ya sé cómo salir de aquí, Jed, Pero necesitaremos la colaboración de Dana, Ulla y Gena.

CAPÍTULO V

Las tres mujeres miraron fijamente al comandante de la WZ-303.

—¿Nuestra... *colaboración*? —repitió Dana Hagen.

—Si. Hemos de formar una torre humana —explicó Brus Lager.

—No creo que las chicas resistan, comandante —opinó Jed Oms —. Porque supongo que habrá pensado en ellas para formar la base de la torre, ¿no?

—Sí, claro —asintió Lager—. Tú y yo tenemos que llegar arriba primero, y vencer las dificultades que sin duda nos crearán esos horribles seres. Si lo conseguimos, ayudaremos a las muchachas a salir de aquí.

Oms observó a Dana, Ulla y Gena.

—No podrán aguantar nuestro peso, comandante —insistió. Lager miró también a las muchachas.

—Ya habéis oído a Jed. Dice que sois unas blandengues. ¿No tenéis nada que replicar...?

Dana Hagen levantó la barbilla altivamente.

—Yo no tengo nada de blandengue. Ulla y Gena pueden dar fe de ello.

Las dos atracadoras miraron con rencor a la empleada del Banco Intergaláctico de Syro.

—Tampoco nosotras somos de mantequilla —masculló Ulla. Brus Lager sonrió.

—¿Estáis dispuestas a intentarlo, pues?

—Yo sí lo estoy —asintió Dana.

—Y nosotras —respondió Gena—. Pero antes debemos aclarar algo, comandante Lager.

—Te escucho, Gena.

—¿Qué pasará con nosotras, si conseguimos escapar de esos horripilantes bichos?

—Os entregaremos a la Justicia de Syro.

La atracadora sacudió la cabeza.

—No estamos de acuerdo.

—Cometisteis un delito, Gena, *y* debéis pagar por él.

—Sí, cometimos un delito, es cierto. Pero ustedes *nos* necesitan

para intentar escapar de esos repulsivos animales. Si Ulla y yo no les ayudamos, jamás lograrán salir de este agujero.

—Puede que sí y puede que no.. De cualquier forma, a vosotras os interesa tanto salir de aquí como a nosotros. Es lógico, pues, que nos ayudemos mutuamente.

—Queremos su palabras de que no nos entregará a la Justicia de Syro sí logramos escapar de los animales —condicionó Gena.

Brus Lager dijo que no con la cabeza.

—No puedo prometeros eso.

—Entonces, no cuente con nosotras.

—No seáis absurdas. Estamos en peligro de muerte, ¿es que no os dais cuenta?

—Si regresamos a Syro, también moriremos —repuso Ulla—. Matamos a varios de los vigilantes del Banco. Nos juagarán y nos condenarán a muerte. Con mucha suerte, nos caería cadena perpetua.

—Para mí no sería una suerte —rezongó Gena—. Prefiero la muerte a pasarme el resto de mi vida en e! pena! de Syro.

—Lo mismo digo —gruñó Ulla.

—Morir a manos de estos espantosos seres, puede ser mucho más doloroso y horrible —observó Lager.

Ulla v Gena no respondieron.

—Es inútil, comandante. No logrará convencerlas —dijo Jed Oms.

—Peor para ellas —gruñó Lager—. Internáremos salir de aquí sin su ayuda, y si lo logramos, las dejaremos en el fondo del pozo, para que les sirvan de banquete a esos hermosos bichos.

Lo de «servir de banquete a los bichos» estremeció ligeramente a Ulla y Gena. Se miraron mutuamente. Como preguntándose sí debían ceder.

De pronto, Ulla pegó sus labios al oído de Gena y susurró algo. Gena asintió levemente con la cabeza.

Ulla miró al comandante de la WZ-303 y dijo:

—Hemos cambiado de parecer, comandante Lager. Haremos lo que nos pide.

—Sensata decisión —sonrió Lager.

—Esperamos sus instrucciones —dijo Gena.

—Situaos aquí, junto a la pared, la una frente a la otra, las piernas ligeramente separadas —indicó Brus Lager.

Ulla y Gena obedecieron.

—Dana, tú ponte aquí, delante de ellas, y agáchale —siguió indicando Lager—. Coloca la cabeza entre sus estómagos y agárrate fuerte a sus cinturas.

Dana Hagen hizo lo que le pedía el comandante de la WZ-303.

—Jed, súbete a los hombros de Ulla y Gena —dijo Lager.

Jed Oms se subió primero a la desnuda espalda de Dana, con gran cuidado, para no lastimar a la joven.

Dana vaciló, pero resistió el peso de Oms. Este trepó a los hombros de Ulla y Gena. También las atracadoras aguantaron su peso.

—Bien, ahora me toca a mí —dijo Lager, y montó sobre Dana Hagen.

—Co... comandante, usted... usted pesa más. —resopló la muchacha, sintiendo que sus rodillas flaqueaban,

—Lo siento, Dana —sonrió Lager, y se subió a los hombros de

Ulla y Gena.
Dio la impresión de que las atracadoras no iban a poder resistir el peso de ios dos hombres.
Brus Lager se izó a pulso, las manos apoyadas en los hombros de Jed Oms,
Dana se abrazó a Ulla y Gena, a las cuales sostuvo aportando todas sus fuerzas. Lager ya estaba sobre los hombros de Oms, encogido.
—Cuidado, comandante —rogó Oms, dando a entender con la voz que ¡e dolía algo.
—¿Qué pasa? —preguntó Lager.
—Me está pisando la oreja zurda.
—Oh, lo siento —tosió Lager, rectificando la posición de su pie izquierdo.

Abajo sonaron unas risitas.

—Que no se ría nadie, que eso resta fuerzas —advirtió Brus Lager. Dana, Ulla y Gena enmudecieron.

Lager se irguió lentamente.

Sus manos alcanzaron el borde del pozo. Sin dificultad.

Se sostuvo asido fuertemente a! mismo, lo cual permitió dar un respiro a Ulla y Gena, que ya sólo tenían que soportar el peso de Jed Oms.

Brus Lager asomó la cabeza, sólo lo justo.

Había media docena de aquellos horrorosos animales desperdigados por el amplio recinto, cuyas paredes estaban recubiertas de una sustancia espesa y amarillenta, fluorescente, que era la que proporcionaba luz al lugar.

Se veían también infinidad de túneles.

Por uno de ellos aparecieron otros dos bichos. Brus Lager escondió rápidamente la cabeza.

Esperó unos segundos y luego se asomó de nuevo.

Ninguno de ¡os ocho animales parecía haberle descubierto.

Lager buscó con la mirada los cinturones cohete y todo lo demás.

Casi dio un grito de alegría al verlos en un rincón del recinto, junto con los fusiles de rayos caloríficos y el resto de sus cosas.

Si lograban llegar hasta sus armas, podrían dar la batalla a los animales.

—¡Jed! —llamó Lager, a

media voz.

—¿Sí, comandante...?

—Voy a salir. Inmediatamente te tenderé un brazo. Cógete a mi mano con fuerza. Te sacaré del pozo.

—¿No hay bichos a la vista? —preguntó Oms.

—Sí.

—¿Cuántos?

—Por el momento, ocho.

—¡Son muchos!

—Nuestros fusiles están a unos treinta metros del pozo. Si conseguimos recuperarlos, podremos acabar con los animales. ¿Listo, Jed?

—Listo, comandante.

Brus Lager se izó bruscamente y saltó al exterior, quedando tendido de bruces en el borde del pozo, materialmente pegado al suelo.

—¡Cógete, Jed, de prisa! —exclamó, porque uno de los animales acababa de descubrirle.

Oms estiró el brazo todo lo que pudo y consiguió agarrarse a la mano de su superior.

Lager lo izó, realizando un titánico esfuerzo.

Oms salió del pozo.

Se pusieron los dos en pie velozmente. Lager gritó:

—¡Allí están nuestras armas, Jed!

¡Corre!

Lager y Oms le dieron a las piernas con toda la potencia de que eran capaces.

Cuatro de los animales emprendieron el vuelo.

Ellos les atacarían desde el aire.

Segregando aquella peligrosa sustancia verdosa.

Los otros cuatro bichos corrieron veloces hacia las armas y los demás objetos de sus víctimas.

Cortaron el paso a Lager y Oms, formando una especie de semicírculo en torno a los fusiles y todo lo demás.

Pero no se situaron de cara a sus víctimas, sino dándoles el extremo del abdomen. El aguijón, mejor dicho.

Un aguijón temible.

De unos cuarenta centímetros de longitud. Erguido.

Tenso.

Vibrante.

CAPITULO VI

Brus Lager y Jed Oms se vieron obligados a detenerse, Frenados por aquellos cuatro terroríficos aguijones.

—¿Qué hacemos ahora, comandante...? —inquirió Oms.

Lager rezongó una maldición, al tiempo que levantaba la cabeza.

Los cuatro animales que volaban por el recinto ya se habían situado sobre sus cabezas. Comenzaron a segregar sustancia verdosa.

—¡Cuidado, Jed! —gritó Lager, saltando de lado.

Oms saltó también.

Lograron esquivar los primeros copos del viscoso líquido.

—¡Corramos hacia los bichos, Jed! ¡Ya que no tenemos con qué atacarles, saltaremos por encima de ellos! —indicó Brus Lager, y se lanzó decididamente hacia los cuatro animales que tan inteligentemente les cortaban el paso.

—¡Dios nos ayude! —exclamó Jed Oms, y se lanzó también con decisión hacia los bichos.

Estos, al verlos correr hacia ellos, se dispusieron a recibirlos con sus mortíferos aguijones.

Dada la longitud de los animales, Lager y Oms tendrían que dar un salto prodigioso, si querían caer fuera del alcance de los mismos.

Y querían.

Naturalmente que querían. Sus vidas dependían de ello. Y las de Dana, Ulla y Gena.

Brus Lager fue el primero en saltar.

Se elevó en el aire cuando ya se hallaba tan sólo a un metro escaso de los bichos. Fue un salto impresionante. Increíble.

El bicho por encima del cual saltó le buscó el cuerpo con su

terrorífico aguijón, para lo cual irguió todo lo que pudo el abdomen.

Pero su aguijón sólo pinchó el aire.

Brus Lager cayó un metro más allá de la cabeza del burlado animal y rodó velozmente por el suelo, hacia los fusiles de rayos caloríficos,

Jed Oms ya surcaba el aire también.

En fantástico salto.

Uno de los bichos se esforzó por ensartarle con su temible aguijón, pero no lo consiguió. Apenas tocar el suelo, Oms rodó por él a toda velocidad, en busca de las armas.

Brus Lager ya tenía uno de los fusiles en las manos.

Su primer disparo fue para uno de los bichos que volaban por el recinto, que ya se disponía a dejarle caer un enorme copo de sustancia verdosa.

El rayo calorífico carbonizó al animal, el cual chilló agudamente y cayó como fulminado, despidiendo un hedor que era un auténtico latigazo para las fosas nasales de Lager y Oms.

Pero ninguno de los dos se apretó la nariz.

No tenían tiempo para ello.

Los otros tres bichos ya se aprestaban a segregar nuevos copos de liquido verdoso, mientras los cuatro que permanecían en el suelo giraban sobre sí mismos y se acercaban velozmente a ellos, con los aguijones levantados y en posición de ataque.

Menos mal que Jed Oms había logrado ya empuñar el otro fusil, y él y Brus Lager se pusieron a disparar como locos.

Los monstruosos seres chillaron al recibir los rayos que achicharraban sus cuerpos.

En sólo unos segundos, los siete estuvieron tan muertos como el primero, el que derribara Brus Lager.

Quedaron los ocho encogidos, despidiendo aquel insoportable hedor.

—¡Qué peste, comandante! —exclamó Oms, taponándose los orificios nasales con la mano izquierda.

—¡Los cinturones cohete, rápido! —indicó Lager—. ¡Es posible que pronto aparezcan más!

—¡Seguro!

Se equiparon los dos con toda rapidez.

Entre sus cosas había también una pistola de rayos desintegradores, idéntica a la que Jed Oms descubriera entre las rocas, al poco de haberse adentrado en las fantasmagóricas montañas.

—Debe ser de Ulla o de Gena —opinó Oms.

Lager se la puso al cinto, mientras decía:

—Mucho cuidado con ellas, Jed.

—-/

Con

Ulla y Gena?

—Sí. Intuyo que planean algo.

—¿Escapar de nosotros?

—Seguro. En la primera oportunidad que se les presente, lo intentarán.

—Por eso cambiaron de parecer, ¿eh?

—Sí.

—No me dejaré sorprender, comandante.

— Vamos, Jed. Hemos de sacarlas a las tres del pozo.

Corrieron los dos hacia el profundo agujero.

Dana, Ulla y Gena respiraron aliviadas al ver asomarse al comandante Lager y a su segundo, con los cinturones cohete colocados y empuñando sus fusiles.

—¿Están bien, comandante? —inquirió Dana Hagen.

—Perfectamente —sonrió Lager, quien, seguidamente, indicó a Oms—: Baja tú por las chicas, Jed. Yo vigilaré.

Jed Oms puso en funcionamiento su cinturón cohete y descendió al pozo.

—¡Venga, la que más me quiera, que se coja de mi cuello! —invitó jocosamente. Dana, Ulla y Gena se precipitaron materialmente sobre él.

Las tres a la vez.

Casi
lo
tiraron
al
suelo.

—¡Diablos, ahora resulta que las tres estáis locas por raí! —exclamó Oms—. ¡Calma, preciosas, os subiré a todas, pero de una en una! ¡Tú primero, Dana!

La empleada del Banco Intergaláctico de Syro apartó a las atracadoras de sendos

codazos y rodeó con sus brazos el cuello de Jed Oms, al cual quedó prácticamente pegada.

Oms pudo percibir la dureza de sus senos.

Y el calorcillo tan agradable que emanaba de ellos.

Entre esto, y que poco antes había tenido la oportunidad de admirar, aunque muy fugazmente, la belleza y armonía del busto de la muchacha, Jed Oms se puso un poco nervioso.

—Cuando quiera. Jed —dijo Dana, sonriéndole sin ninguna malicia.

—¿Cuando quiera qué? —preguntó Oms, que estaba pensando en otras cosas.

-—Sacarme del pozo.

—Oh, sí, el pozo —tosió Oms—. En seguida la subo.

Sujetó a la joven por la cintura y accionó la barra de mandos del cinturón cohete. Se elevaron los dos rápidamente.

Oms depositó a Dana Hagen junto a Brus Lager.

—Gracias, Jed —sonrió la muchacha, soltándole,

—De nada —carraspeó Oms—, Voy por otra —dijo, mirando a su superior.

—De prisa, Jed —rogó Lager, muy atento a las bocas de las numerosas galerías que comunicaban con el amplísimo recinto.

Oms descendió nuevamente al pozo.

—Ahora tú, Gena —dijo.

La atracadora se colgó de su cuello, para lo cual, inevitablemente, hubo de unir su cuerpo al de Oms.

Pero tampoco era necesario apretarse tanto como Gena se apretó.

Oms se puso más nervioso aún que antes, pues la atracadora era una chica de muchas calorías.

—¿Quieres derretirme, Gena?

Ella, con un brillo malicioso en la mirada, respondió:

—Tengo miedo de caerme, cuando nos elevemos.

—No te caerás, no te preocupes.

—Pásame el brazo por la cintura, por si acaso.

Oms lo hizo.

—Arriba, simpático —dijo Gena.

Oms accionó la palanca de mandos del cinturón cohete y él y Gena se fueron para arriba.

Dejó a la atracadora junto a Dana.

—¿Siguen sin aparecer nuevos animales, comandante?

—Por fortuna, Jed. Baja por Ulla, rápido —apremió Lager. Oms bajó de nuevo al pozo.

—Es tu turno, Ulla —dijo, con una sonrisa.
La atracadora se cogió de su cuello, pegándose a él descaradamente, también. Oms le calculó las calorías. Tantas como Gena.
Incluso puede
que unas
poquitas más.
Jed Oms tosió
ligeramente y
dijo;

—Tampoco a ti le gusta guardar las distancias, ¿eh, Ulla? La atracadora sonrió atrevidamente.
—¿Te molesta mi proximidad?
—No, pero me excita.
—¿Y eso es malo?
—Sí, porque no tengo con quién desahogarme.
—Si me besas, no protestaré. Y si me sueltas algún pellizco donde tú sabes, tampoco.
—A Wobo, tu novio, no le gustaría.
—¿Y quién piensa en Wobo ahora?
La mano de Oms descendió un poco y oprimió las redondas nalgas de Ulla.
—Es una pena que no tengamos tiempo.
—Ahora, no. Pero podemos tenerlo muy pronto.
—Si es así, me gustaría aprovecharlo.
—Y a mí —repuso Ulla, y le besó en los labios, tan expertamente, que Jed Oms estuvo a punto de olvidarse de que rio era momento para efusiones amorosas.
Pero, aunque lo hubiese olvidado, no hubiera podido entregarse a ellas, porque apenas unos segundos después de que Ulla uniese su golosa boca a la de él, Brus Lager gritó:
—¡Jed...! ¡Una auténtica legión de bichos está invadiendo el recinto...!

CAPITULO
VII

Ulla separó bruscamente su boca de la de Jed Oms y miró a éste, aterrada.

—¡Estamos perdidos! ¡Nos atraparán de nuevo! —chilló.

Oms se recriminó a sí mismo por haber perdido aquellos preciosos segundos con la fresca de Ulla, al tiempo que accionaba la barra de mandos del cinturón cohete.

Se fueron los dos velozmente hacia arriba.

Antes de que se posaran en el suelo, Brus Lager indicó:

—¡Hacia uno de esos túneles, Jed! ¡Allí será más fácil la defensa! Jed Oms partió veloz hacia ellos, llevando consigo a Ulla.

—¡Agarraos las dos a mí, de prisa! —ordenó Lager a Dana y Gena. Las muchachas obedecieron.

Brus Lager puso en funcionamiento su cinturón cohete y los tres se elevaron al instante, dirigiéndose seguidamente hacia una de ¡as galerías por las que todavía no había aparecido ninguno de aquellos horrorosos animales.

Estos los persiguieron, tanto por aire como por tierra.

Brus Lager no había exagerado al decir que formaban una legión. Había docenas de ellos.

Por fortuna, Oms, Ulla, Dana, Gena y Lager consiguieron alcanzar uno de los túneles. Lager y Oms soltaron rápidamente a las chicas y se aprestaron a dar la batalla al enjambre de bichos con sus fusiles de rayos caloríficos.

—¡Coge la pistola que llevo en el cinto, Dana! —indicó el comandante de la WZ-303—. ¡Si aparece algún animal por el fondo del túnel, dispara sobre él! Dana Hagen no titubeó.

Se apoderó velozmente de la pistola de rayos desintegradores y cubrió la retaguardia.

—¿No hay armas para nosotras? —inquirió Ulla.

—¡ No! —respondió Lager, quien, al igual que Oms, ya había abierto fuego contra los repulsivos seres.

—¡ Gena y yo también queremos luchar!
—¡Lo siento, pero no es posible! ¡Sólo disponemos de los dos fusiles y la pistola!
—¡La pistola es mía! —exclamó Gena—. ¡Yo la utilizaré!
—¡ Quieta! —ordenó Lager, cuando ya Gena se aprestaba a arrebatarle el arma a Dana. La atracadora se hizo la sorda.
Peor para ella.
Dana le propinó un violento empellón y la derribó, al tiempo que gritaba:
—¡La pistola será tuya, pero el comandante
Lager me la confió a mí! Gena la fulminó con la
mirada.
—¡Maldita! ¡Te voy a...! —rugió, incorporándose de un brinco.
—¡Cuidado, Dana! —gritó Ulla, apuntando con su brazo
hacia el fondo del túnel. Por allí acababan de surgir dos de aquellos seres.
Silenciosos como sombras.
Dana Hagen, olvidándose de la rabiosa Gena, dirigió velozmente el arma hacia ellos y accionó el gatillo.
La pistola escupió un rayo azulado, el cual alcanzó a uno de los animales.

El bicho se convirtió rápidamente en humo.

Dana apuntó al otro animal y presionó de nuevo el gatillo.

No erró el disparo, y el bicho siguió la misma suerte que su compañero: desapareció, sin dejar más rastro que una pequeña columna de humo, que pronto se disipó.

—¡Bravo, Dana! —exclamó Brus Lager, que había girado la cabeza al oír gritar a Ulla y había presenciado la decidida y serena acción de la empleada del Banco Intergaláctico de Syro—. ¡Sigue atenta, que pueden aparecer más bichos!

La valerosa muchacha continuó apuntando con la pistola hacia el fondo del túnel, aunque por el rabillo del ojo vigilaba a Gena y Ulla.

Especialmente, a la primera.

Pero ninguna de las dos intentó nada contra ella.

Mientras tanto, Brus Lager y Jed Oms daban buena cuenta de los animales que se acercaban a la boca del túnel, con el aguijón dispuesto.

Los bichos no podían atacarles de otra manera.

Desde el aire no tenían nada que hacer, pues necesitaban sobrevolar sobre las cabezas de sus víctimas para que la sustancia verdosa que segregaban resultase efectiva, y esto, obviamente, no era posible, dado que Lager, Oms y las mujeres se hallaban en uno de los túneles.

Comprendiendo que por el momento llevaban todas las de perder, los animales que continuaban con vida emprendieron la retirada, desapareciendo rápidamente por los distintos túneles.

Jed Oms lanzó una exclamación de júbilo.

—¡ Menuda zurra les hemos dado, comandante!

—Sí, les hemos causado numerosas bajas —sonrió Lager—. Y Dana les ha causado otras dos —añadió, volviéndose hacia la muchacha.

—No han aparecido más, comandante —dijo Dana, girándose también.

—Mejor,

—Qué mal huele, ahora... —rezongó Ulla, cubriéndose la boca y la nariz con la mano.

—Sí, estos bichos, asados, deben saber muy mal —comentó Oms, taponándose también la nariz.

—Nadie te ha pedido que te los comas —bromeó Lager.

—¡Ni por todo el oro del Universo los probaría!

Brus Lager rió.

Extrajo su diminuto videófono.

—¿Qué va a hacer, comandante? —preguntó Oms.

—Llamar a Tanko. Quiero saber si él, Long y Altig continúan libres o han sido capturados también por estos malditos bichos.

—Esperemos que sea lo primero.

Lager pulsó el botón de llamada.

—Comandante Lager llamando a Tanko. Comandante Lager llamando a Tanko. En la pequeña pantalla apareció el rostro del corpulento negro.

—¡Comandante Lager! —exclamó, expresando claramente su alegría. Brus Lager sonrió.

—Gracias a Dios que vosotros no habéis caído en poder de estos peligrosos animales,

Tanko.

—¿Se encuentra usted bien, señor?

—Sí, estoy perfectamente.

—¿Y Jed Oms...?

—También.

—¡Cuánto nos alegramos! Descubrimos a varios de esos bichos carbonizados, pero no hallamos ni rastro de ustedes dos.

—¿Se sabe algo de Dagge, Palk, Jessen y Bito? —pregunto Lager.

—Nada, señor.

—Entonces, es que siguen en poder de los animales. Nosotros los buscaremos y trataremos de liberarlos.

—¿Dónde se encuentran ustedes, comandante?

—En el lugar donde habitan los bichos. ¿Recuerdas esa gran roca saliente que hay donde encontrasteis muertos a algunos de los animales?

—Sí, nos fijamos en ella.

—Pues por ahí nos metieron los bichos en la montaña. Hay una entrada, disimulada por otra gran roca. Jed y yo vimos cómo la cubrían.

—¡Cruzaremos esa entrada, comandante, y les ayudaremos a rescatar a Dagge y a los otros!

—No, Tanko. Por el momento es mejor que aguardéis fuera.' La madriguera de los bichos está compuesta por infinidad de túneles, y lo más probable es que no pudieseis dar con nosotros y viceversa. Nosotros rescataremos a Dagge, Falk, Jessen y Bito. Si nos vemos en peligro, os lo haremos saber, para que acudáis en nuestra ayuda.

—Como usted ordene, comandante Lager.

—¿Sin novedad en la WZ-303?

—Allí todo está tranquilo, comandante. Acabo de comunicar con Dibak, y él, Suro y Holsa están bien. Los asaltantes del Banco intergaláctico de Syro no se han dejado ver, todavía.

Brus Lager miró un instante a Ulla y Gena.

—También ellos fueron capturados por estos animales, Tanko —comunicó.

—¿De veras...?

—Las dos mujeres de la pandilla, y la muchacha que se llevaron corno rehén, están con nosotros. Los tipos deben hallarse encerrados en algún pozo similar al que nos encerraron a nosotros. Intentaremos rescatarlos, también.

—Cuidado con ellos, comandante. Podrían pagarles muy mal el favor.

—Lo sé, Tanko. Pero tenemos que arriesgarnos. No podemos dejarlos aquí.

—Suerte, comandante Lager. Y, si tienen problemas, llámenos. Irrumpíamos rápidamente en la madriguera de esos extraños animales.

—Estaremos en contacto, Tanko.

Brus Lager cortó la comunicación y devolvió el pequeño videófono al cinto.

—Bien. Cuanto antes empecemos a buscar a nuestros compañeros y a los de Ulla y Gena, antes los encontraremos —dijo —. Como salir al recinto puede ser muy peligroso para nosotros, nos adentraremos por este túnel, a ver dónde nos lleva.

—Sólo puede llevarnos a dos sitios, comandante —opinó Jed Oms —. A otro recinto

similar a éste, o a! exterior de la gigantesca madriguera.

—Espero que pronto salgamos de dudas, Jed. Yo iré delante, las chicas detrás de mí, y tú cerrarás la marcha, atento siempre a la retaguardia. Los bichos pueden surgir en cualquier momento.

—Si se atreven a asomar las antenas, se las asaremos con facilidad. Dentro del túnel, la defensa es sencilla. No pueden dejarnos caer esa maldita sustancia verdosa que segregan.

—Adelante —indicó Lager, poniéndose en movimiento. Dana Hagen le siguió, la pistola firmemente empuñada.

Ulla y Gena caminaron detrás de ¡a empleada del Banco Intergaláctico de Syro. Jed Oms cerró la marcha, como le había indicado Brus Lager.

Fueron adentrándose más y más en el túnel, sin que sucediera nada. De pronto, Brus Lager se detuvo, la mano en alto.

A ambos lados del túnel, habían aparecido otras dos galerías.

Temiendo que sendos contingentes de aquellos seres les estuviesen esperando en ellas, el comandante de la WZ-303 llamó:

—Eh, Jed.

—¿Qué ocurre, comandante?

—Acércate. Dana, vigila tú la retaguardia, mientras tanto.

—A la orden, comandante —respondió la muchacha

Oms se reunió con su superior.

—¿Qué pasa, comandante?

—Observa eso.

—Otros dos túneles...

—Sí. Y pueden estar llenos de bichos.

—No me extrañaría —rezongó Oms.

—Tenemos que comprobarlo Jed.

—Sí, me temo que no tenemos alternativa.

—Vamos —indicó Lager.

El y Oms avanzaron cautelosamente hacia las bocas de los túneles, los fusiles de rayos caloríficos fuertemente apretados.

Ulla y Gena caminaron tras ellos, silenciosamente, también. Conteniendo incluso hasta la respiración.

Dana Hagen caminaba prácticamente de espaldas, muy atenta a la posible aparición de alguno de aquellos bichos por la retaguardia.

A una indicación de Brus Lager, éste y Jed Oms dieron un gran salto hacia adelante. Quedaron frente a las bocas de los dos

túneles laterales, apuntando Lager a! de 1a derecha y Oms al de la izquierda, los dedos índices presionando ligeramente ya los gatillos de los fusiles.

Pero no hizo falta presionarlos con fuerza. Ambas galerías estaban vacías.

No se veía un solo animal.

Jed Oms expulsó lentamente el aire que habían retenido sus pulmones.

—Falsa alarma, comandante.

—Más vale así —repuso Lager, soltando aire también.

—¿Por dónde seguimos ahora?

Brus Lager, tras unos segundos de meditación, decidió:

—Por el mismo túnel que habíamos elegido. Vuelve a cerrar la marcha, Jed.

—A la orden.

Jed Oms ocupó el lugar de Dana Hagen y ésta se puso nuevamente detrás del comandante Lager.

Reanudaron la marcha.

Sin tropezarse con nuevos túneles, llegaron al final del que habían tomado para escapar de los animales.

No comunicaba con el exterior de la enorme madriguera de los bichos, sino con otro recinto similar al que ellos habían abandonado poco antes.

Era amplísimo, también, y sus paredes estaban igualmente recubiertas de aquella sustancia glutinosa y amarillenta que, gracias a su fluorescencia, proporcionaba luz suficiente a! recinto y a los numerosos túneles que desembocaban en él.

En el mismo centro del recinto, había un pozo.

De anchura muy parecida al que ellos habían ocupado en el otro recinto. Bichos, no se veía ni uno.

Sospechoso.

Muy sospechoso.

Sí, porque todo hacía suponer que en el pozo había alguien.

Lo demostraba el hecho de que, en un rincón de! solitario recinto, había gran cantidad de objetos pertenecientes a seres humanos.

Entre ellos, tres pistolas de rayos desintegradores, idénticas a la que Brus Lager confiara a Dana Hagen, y un fusil dé rayos infrarrojos.

—¡Son las cosas de Gruyo, Wobo y Ferro! —exclamó Ulla, respingando.

—¡Deben estar encerrados en el pozo! —dijo Gena, mirando hacia el profundo hoyo.

—¡Vamos por ellos, comandante Lager! —apremió Ulla, empujando al Vigilante del Espacio.

—Un momento —rogó Lager, sujetándola—. No podemos abandonar este túnel asi corno así.

—¡Pero si no se ve ningún animal! —observo Gena.

—Eso no quiere decir que no haya docenas de ellos en los túneles, esperando que salgamos para caer sobre nosotros —repuso sensatamente Lager.

—El comandante Lager tiene razón —opinó Jed Oms, escrutando con desconfianza !os múltiples túneles.

—Yo opino igual —dijo Dana Hagen.

—¿Qué vamos a hacer, entonces? —inquirió Ulla.

Brus Lager dio un nuevo vistazo al exterior y luego dijo:

—Saldré yo solo y echaré una ojeada a! pozo. Si vuestros compañeros están en el llamaré a Jed para que los saque de ahí. Atento, Jed. Voy a salir.

—Yo le cubro, comandante —repuso Oms, los ojos fijos en las bocas de los distintos túneles.

Brus Lager accionó su cinturón cohete y partió veloz hacia el pozo, volando a unos tres metros de altura.

Alcanzó el pozo sin que los animales
diesen señales de vida. Lager se detuvo
en el aire.
Sobre el profundo hoyo.
Al mirar hacia abajo, un grito de horror estuvo a punto de escapar
de su garganta.

CAPITULO
VIII

Un
hombre
yacía
en el
suelo.
Boca
arriba.
Los brazos en cruz.
Las piernas separadas.
El traje espacial que vestía, estaba totalmente destrozado, dejando ver las múltiples heridas que tenía en el cuerpo.
Unas heridas espantosas, por las que había manado la
sangre en abundancia. Brus Lager supo adivinar con
qué le habían sido causadas.
Con los temibles aguijones que los bichos tenían en el
extremo del abdomen. Lo habían ensartado sin piedad.
Una y otra vez.
Hasta llenarle el cuerpo de horrendos agujeros.
Pero Brus Lager dudaba mucho que aquel hombre hubiese muerto a causa de tanto aguijonazo.
Con tan sólo uno de ellos, únicamente uno, hubiese muerto igual.
Los aguijones de aquellos animales debían producir un veneno mortal, de rápido efecto, a juzgar por el tono que ahora tenía la piel del atracador muerto.
Un
tono
violáceo.
Horrible.
Escalofriante..
Sí.
El tipo debió morir al poco de recibir los dos o tres primeros
aguijonazos. De ios otros, no debió enterarse.
Los bichos aguijoneaban ya un cuerpo sin vida.
Un cadáver...
En cualquier caso, el desgraciado había sufrido una
de las peores muertes. Brus Lager pensó en Dagge.
En Falk.
En
Jessen.
En
Bito...

¿Habrían seguido ellos la misma
suerte que el atracador? Un
ramalazo de trío le estremeció el
cuerpo.

Adivinaba por qué había muerto el atracador.

El y sus dos compañeros habían intentado escapar, y los animales que en aquel momento se hallaban en el recinto, les descubrieron y les atacaron.

Dos de ellos consiguieron huir, pero el otro...

Seguro que Dagge, Palk, Jessen y Bito habían intentado escapar, también. Y Brus Lager sabía lo difícil que era lograrlo.

El y Jed Oms habían
vivido esa
experiencia.

Súbitamente, Oms
aulló:

—¡Cuidado, comandante!

Por alguno de los túneles habían comenzado a surgir bichos.

El comandante de la WZ-303 maniobró rápidamente su cinturón cohete y se lanzó veloz hacia el túnel que protegía a Oms y a las muchachas.
Jed Oms abrió fuego contra los bicharracos.
También Dana Hagen, aunque ésta giraba a cada momento la cabeza, por si también surgían por el fondo de la galería que ellos ocupaban.
Brus Lager consiguió alcanzar el túnel y desde allí disparó también contra los animales. Entre él y Oms abrasaron a once de ellos.
Y Dana desintegró a otros tres.
El resto de los bichos optaron por la retirada y desaparecieron en unos segundos por las múltiples galerías.
—¡Otra soberana paliza! —exclamó Oms, riendo.
—Y otra peste... —rezongó Dana Hagen,
arrugando su simpática naricilla. Ulla se cogió del
brazo de Brus Lager.
—¿Están nuestros compañeros en el pozo, comandante Lager? —
inquirió, con gesto
apremiante
Lager
la
miró.
También
a
Gena.
Gravemente,
respondió:
—Sólo uno de ellos.
—¿Uno? —musitó Ulla.
—Sí.
—¿Y los otros dos...? —inquirió Gena.
—Sospecho que lograron escapar.
—¿Abandonando a su compañero...?
—Sí.
Ulla y Gena
cambiaron
una mirada.
Extrañadas.
—¡Hay que sacar del pozo al que queda, comandante Lager! —
pidió Ulla.
—Ya no es necesario.
—¿Qué... qué quiere decir? —balbució Ulla.
—¿Por qué no es necesario sacarlo? —inquirió Gena. —Está

muerto —comunicó Lager. Ulla y Gena empalidecieron.

No importaba que la víctima hubiese sido uno de los asaltantes al Banco Intergaláctico de Syro, ni que en dicho asalto hubiesen muerto varios de los vigilantes del Banco. Era un ser humano.

Y, tanto Jed como Dana, intuían que el atracador había sufrido una muerte horrible. Podían leerlo en el rostro de Brus Lager.

Ulla preguntó:

—¿Cómo es... cómo es el que queda en el pozo, muerto? Lager lo describió.

Ulla miró un instante a su compañera.

—Es Ferro...

—Sí, no hay duda —murmuró Gena, y dio la impresión de que tanto ella como Ulla, aun dentro de su dolor, se sentían ligeramente aliviadas.

Y, en efecto, así era.

Quien más le importaba a Ulla era Wobo. A Gena, Gruyo, el jefe de la pandilla.

Ulla suplicó:

—Hemos de encontrar a Gruyo y Wobo, comandante Lager.

—Sí, hemos de encontrarlos —dijo Gena.

—Los buscaremos —prometió Brus Lager. Jed Oms intervino:

—¿Estarán armados, comandante?

—Seguro. De no haber logrado recuperar algunas de sus armas, no hubieran podido escapar. Teniendo en cuenta que entre sus cosas hay tres pistolas y un solo fusil, es fácil deducir que se llevaron los otros dos fusiles de rayos infrarrojos. ¿No es cierto, muchachas...? —Lager miró a Ulla y Gena.

Ninguna de las dos respondió. Dana Hagen confirmó:

—Sí, es cierto, comandante Lager. Ulla y Gena sólo llevaban pistola de rayos desintegradores, pero Gruyo, Wobo y Ferro, además de pistola de rayos desintegradores, portaban sendos fusiles de rayos infrarrojos.

Ulla miró con dureza a la empleada del Banco Intergaláctico de Syro.

También Gena.

Ninguna de las dos despegó los labios, sin embargo. Se limitaron a insultar a la joven mentalmente.

Brus Lager, sonriendo ligeramente, dijo:

—Gracias, Dana.

—No hay de qué, comandante —sonrió también ella. Jed Oms advirtió.

—Si nos tropezamos con Gruyo y Wobo, nos harán frente con sus fusiles, comandante.

—No creo que se atrevan a disparar, llevando con nosotros a Ulla

y Gena —repuso
Lager—. De todos modos, estaremos alerta.
Vamos, en marcha —indicó.

CAPITULO
IX

Gruyo y Wobo avanzaban cautelosamente por uno de los múltiples túneles, los fusiles de rayos infrarrojos empuñados.

Eran

altos.

Fornidos.

De

facciones

duras.

Especialmente.

Gruyo.

Wobo se mojó los labios con la lengua y preguntó en voz baja:

—¿Crees que encontraremos la salida, Gruyo?

—Seguro —gruñó el jefe de la pandilla de asaltantes del Banco Intergaláctico de Syro.

—Hay tantos túneles, que... —rezongó Wobo, pesimista.

—No desesperes, acabaremos dando con uno que comunique con el exterior.

—Gruyo...

—¿Qué?

—No puedo apartar de mi pensamiento a Ferro. Qué muerte tan horrible, la suya...

—Será mejor que lo olvides —aconsejó Gruyo.

—Aún me parece estar viendo a esos espantosos animales clavándole sus largos aguijones...

—¡Te he dicho que lo olvides! —barbotó Gruyo.

—No debimos abandonar nuestra nave. En ella estábamos a salvo.

Gruyo se detuvo bruscamente y clavó sus ojos en Wobo, los músculos del rostro endurecidos.

—¿Olvidas que la abandonamos por tu culpa? —recriminó—. ¡Tu misión era vigilar a la chica, no hacerle el amor!

Wobo carraspeó nerviosamente.

—Ella me incitó, Gruyo —mintió.

—Lo dudo.

—¡De veras que sí! Ya llevaba un rato despierta, observándome fijamente, con gesto sensual. De pronto, me pidió que me acercara, con voz cálida y susurrante. Yo no me moví, porque adivinaba sus intenciones. Entonces, ella se llevó las manos a la nuca, se soltó los tirantes del vestido, y So dejó resbalar lentamente por su cuerpo, hasta la cintura. La visión de sus hermosos pechos, rotundos y

erectos, me excitó de tal manera que...

—Los de Ulla tampoco son ninguna tontería, y los tienes a tu disposición siempre que lo deseas. Como todo lo demás —recordó Gruyo,

—Es distinto, Gruyo.

—¿Por qué es distinto?

—Diablos, compréndelo. A Ulla la tengo muy vista y muy manoseada.

—También yo tengo muy vista y muy manoseada a Gena, y no por eso intenté forzar a la empleada de! Banco.

—Yo no intenté forzarla, Gruyo, te lo juro.

—La chica juró lo contrario.

—¡Mintió!

—Bueno, va no importa quién mintió y quién dijo la verdad. La chica lanzó un S.O.S. y nos vimos obligados a abandonar nuestra nave —mascullò Gruyo, poniéndose de nuevo en movimiento.

—Te apuesto a que nadie lo captó —dijo Wobo, moviendo las piernas, también.

—Es posible. Pero, ante la duda..

—Kellok es un planeta pequeño, solitario, alejado... No es probable que alguna de las naves de los Vigilantes del Espacio andase cerca.

—No podíamos arriesgarnos, Wobo. Lo más seguro era enterrar la nave en la arena y ocultarnos en cualquier gruta.

—Eso creíamos, pero la realidad ha demostrado que no tenía nada de seguro abandonar la nave.

Gruyo soltó un gruñido.

—Los informes que teníamos aseguraban que Kellok era un planeta muerto, sin ninguna clase de vida.

—Pues la tiene. Y muy peligrosa. Ferro ha muerto. Y Ulla, Gena y Dana, es posible que también.

—A lo mejor tenemos suerte y las encontramos a las tres con vida, antes de hallar una salida.

—¿Y si lo que encontramos primero es la salida? —inquirió Wobo.

—Entonces, lo siento por ellas, porque cruzaremos esa salida.

—Me gustaría ayudar a las chicas, Gruyo.

—Y a mí. Pero estimo demasiado mi vida, como para arriesgarla tontamente. Si nos tropezamos con ellas, y hay posibilidad de rescatarlas, lo haremos. Si no, allá se las compongan.

—Creo que tienes razón, Gruyo. Si por querer ayudar a las chicas, vamos a acabar todos como el pobre Ferro...

—No me nombres más a Ferro, por favor —mascullò Gruyo.

—Lo siento.

Siguieron caminando por el túnel.

En silencio.

El túnel no les condujo al exterior, sino a un recinto parecido al que ellos habían abandonado algunos minutos antes.

Gruyo y Wobo se asomaron con cautela.

Respingaron a dúo al descubrir, en un rincón del recinto, dos

cinturones cohete, dos fusiles de rayos caloríficos, un par de pequeños videófonos, dos mandos a distancia...

—¿Estás viendo eso, Gruyo...? —exclamó Wobo, con gesto de incredulidad.

—Sí, lo estoy viendo —asintió Gruyo.

—¡No son las cosas de las chicas!

—Claro que no.

—¿Y a quién diablos pueden pertenecer?

—La respuesta es simple, Wobo. A los Vigilantes del Espacio —adivinó Gruyo.

—¿Qué...? —Wobo respingó de nuevo.

—Debieron captar el S.O.S. lanzado por Dana, y vinieron rápidamente hacia Kellok.

Mientras rastreaban el planeta, dos de ellos fueron cazados por estos animales, como nosotros, y encerrados en ese pozo.

—¿Y seguirán en él...?

—Seguro. Nosotros pudimos salir del nuestro porque éramos tres, y pudimos formar una torre humana lo suficientemente alta, pero siendo sólo dos, es muy difícil conseguirlo. Además, estando ahí sus cosas... Sin armas, es tonto intentar la huida.

—¿Qué hacemos, Gruyo?

—Necesitamos esos cinturones cohete, Wobo. Con ellos, nos será más fácil escapar.

—¿No será peligroso ir por ellos...?.

—No creo. No se ve ningún animal en el recinto ni en los distintos túneles. Deben estar todos buscándonos. Anda, vamos.

Gruyo y Wobo abandonaron el túnel que les había conducido hasta allí y corrieron hacia el lugar donde yacían las cosas de dos de los Vigilantes del Espacio.

Se colocaron los cinturones cohete rápidamente.

Cogieron los diminutos videófonos, también.

En vista de que no aparecía ningún bicho por los túneles, Gruyo dijo:

—Acerquémonos al pozo, Wobo.

—¿Para qué?

—Quiero hacerles un par de preguntas a los Vigilantes del Espacio. Wobo miró a su alrededor, nerviosamente.

—Gruyo, yo creo que lo mejor sería...

—Sólo será un minuto. ¡Ven, corre!

Se acercaron los dos rápidamente a la boca del pozo.

Al asomarse, ambos se estremecieron profundamente.

Uno de los hombres que se hallaban encerrados en el pozo estaba muerto. Había sufrido la misma horrible muerte que Ferro.

Los asquerosos animales se habían ensañado con él.

Su cuerpo había recibido infinidad de aguijonazos, y su piel había adquirido un tinte violáceo, espantoso, estremecedor.

El otro hombre seguía con vida.

Estaba sentado en el suelo, junto a la pared, la cabeza doblada sobre el pecho.

—¡Eh, tú! —llamó Gruyo.

El Vigilante del Espacio levantó bruscamente la cabeza y los miró, con la sorpresa reflejada en su pálido rostro.

—¿Qué le pasó a tu compañero? —inquirió Gruyo, aunque se lo imaginaba. El Vigilante del Espacio se puso en pie y respondió:

—Unos extraños animales nos atraparon y nos encerraron aquí. Palk y yo...

—¿Palk...? —repitió Gruyo.

—Sí, mi compañero —el Vigilante del Espacio señaló el ensangrentado cuerpo de Palk.

—¿Cómo le llamas

tú?
—
Dagge.
—
Continúa,
Dagge.
—Palk y yo estábamos intentando
salir del pozo, cuando...
—¿Intentando salir del pozo? ¿Acaso
teníais alguna posibilidad?

—Sí. Palk se subió sobre mis hombros. Luego, se plantó sobre las palmas de mis manos. Yo lo elevé todo lo que pude. Entonces, él pegó un salto y consiguió agarrarse a! borde del pozo. Se izó a pulso y saltó al exterior. Los animales le descubrieron y le atacaron. Fue horrible... Cuando lo arrojaron al pozo, ya era cadáver. Le aguijonearon a placer...

—Ferro, nuestro compañero también murió así.

—Lo siento.

—¿Sabes quiénes somos? Dagge asintió con la cabeza.

—Los asaltantes del Banco Intergaláctico de Syro. Gruyo pestañeó.

—¿Cómo lo has adivinado...?

—Encontramos vuestra nave y el botín. Gruyo escupió una maldición.

—¡Nuestra nave y el botín! ¡Encontraron nuestra nave y el botín, Wobo! Wobo también maldijo a viva voz.

—¡Lo hemos perdido todo! Gruyo miró al Vigilante del Espacio. Extrañamente.

—

Podemos recuperarlo, Wobo.
—¿El botín?
—Y la nave.
—¿Cómo?
—Nuestro amigo Dagge nos ayudará a recuperar ambas cosas. El Vigilante del Espacio movió la cabeza en sentido negativo.
—No esperéis tal cosa. Gruyo sonrió.
—Nos ayudarás, Dagge. Ya lo creo que nos ayudarás. —No.
—¿Prefieres quedarte aquí, y correr la misma suerte que tu compañero? El Vigilante del Espacio no respondió.
—Nosotros podemos sacarte del pozo, Dagge.
—Lo sé.
—¿Quieres que te saquemos o no? Dagge reflexionó.
No podía quedarse solo en aquel maldito pozo. Jamás saldría de él. Moriría, como Palk.
—Está bien, sacadme de aquí —

respondió. Gruyo volvió a sonreír.

—Wobo, dame tu fusil y baja al pozo. Antes de subir a nuestro amigo, átale las manos a la espalda con su propio cinto. Tiene cara de bueno, pero no me fío de él.

Wobo entregó su fusil a Gruyo y descendió al pozo, utilizando su cinturón cohete. Maniató al Vigilante del Espacio y luego lo sacó del pozo, con cierta dificultad, al no poder Dagge cogerse a él.

Gruyo indicó;

—Camina, Dagge, rápido. Hacia aquel túnel —señaló una de las galerías con el cañón de su fusil.

El Vigilante del Espacio obedeció.

Gruyo y Wobo echaron a andar detrás de Dagge.

Alcanzaron los tres el túnel, sin que los repulsivos animales hiciesen su aparición, y se adentraron en él.

CAPITULO X

Brus Lager, Jed Oms, Dana Hagen, Ulla y Gena, retrocedieron por el túnel que les había conducido al recinto en cuyo pozo encontraran muerto a Ferro.

Al llegar al punto donde existían dos galerías laterales, el comandante de la WZ-303 señaló la de la derecha y dijo:

—Tomaremos este túnel.

Brus Lager se adentró en él, seguido muy de cerca por Dana Hagen, quien seguía empuñando la pistola de rayos desintegradores.

Ulla y Gena caminaban detrás de la empleada del Banco Intergaláctico de Syro, a un metro escaso de ella.

Tras las atracadoras, Jed Oms, cerrando la marcha y siempre atento a un nuevo ataque de los monstruosos seres.

Pero éstos no se dejaban ver.

El túnel les condujo a otro vasto recinto, de características similares a los anteriores. Brus Lager y Jed Oms se alegraron mucho al descubrir, en un rincón del recinto, los equipos pertenecientes a dos de sus compañeros.

—¡Son las cosas de nuestros compañeros, comandante! —exclamó Oms.

—Sí, Jed. En ese pozo deben estar encerrados Dagge y Palk. O Jessen y Bito —repuso Lager.

—¿Vamos por ellos, comandante? No parece que haya animales cerca...

—Tampoco lo parecía la otra vez, y de repente empezaron a surgir por docenas —recordó Lager.

—Sí, es verdad —rezongó Oms.

—Saldré yo solo, como la ve/ anterior, y tú permanecerás atento a las bocas de los túneles.

—Está bien.

—¿Por qué no llaman a sus compañeros desde aquí? —sugirió Dana Hagen—. Si están en el pozo, les oirán.

Lager miró a la joven.

—Excelente idea, Dana.

—¡Ya lo creo! —exclamó Oms—. Yo les llamaré, que tengo voz de barítono.

—Adelante, Jed —sonrió Lager.

Oms se colocó las manos a ambos lados de la boca y gritó:

—¡Dagge!

¡Palk!.
¡Jessen!
¡Bito!
Nadie
respondió.
En el rostro de Brus Lager surgió una
sombra de preocupación. Jed Oms,
preocupado, también, repitió la llamada.
Tampoco hubo respuesta.
Lager apretó las mandíbulas, porque empezaba a temerse lo peor.
—Cúbreme, Jed —dijo, poniendo en
funcionamiento su cinturón cohete. Salió del túnel,
directo hacia el pozo.
Cuando alcanzó el profunde hoyo, y miró hacia abajo, ¡a sangre
se le heló en las venas. Cerró un instante los ojos.

Horrorizado.
No quiso permanecer más tiempo allí.
Accionó la barra de mandos del cinturón cohete y regresó al túnel, las facciones recubiertas por una perceptible palidez.
Esto último hizo que Jed Oms temiera preguntarle. Lo mismo le ocurrió a Dana Hagen.
Brus Lager, quedamente, comunicó:
—Jessen y Bito están en el pozo, Jed...
—¿Muertos?
Lager asintió con la cabeza.
—Los animales dieron buena cuenta de ellos, con sus aguijones. Oms apretó los ojos con fuerza.
—Dios mío, no...
Dana Hagen se cogió del brazo del comandante de la WZ-303.
—Lo siento, comandante Lager —dijo, pálida.
Ulla y Gena no pronunciaron palabra, aunque se veía claramente que también a ellas les había afectado la noticia.
Brus Lager, roncamente, indicó:
—Vamos, Jed. Hemos de encontrar a Dagge y Palk. Vivos... o muertos. Se pusieron de nuevo en movimiento los cinco.
Retrocedieron por el túnel hasta llegar al punto donde estaba la otra galería lateral, la cual tomaron.
Sin tropezarse con ninguno de los bichos, llegaron a otro de los recintos. Inmediatamente descubrieron los dos fusiles de rayos caloríficos y el resto de los objetos que yacían en un punto del recinto.
—¡Las cosas de Dage y Palk! —exclamó Oms.
—Parte de las cosas, Jed —corrigió Lager—, Sus cinturones cohete no están. Ni sus videófonos.
—¡Es verdad!
—Habrán huido del pozo, llevándose los cinturones cohete y los videófonos... —pensó Dana Hagen.
—No se hubieran dejado los fusiles —observó Lager—. Sin ellos, las posibilidades de escapar de los animales son nulas.
Jed Oms no dijo nada.
El pensaba lo mismo que su superior. Brus

Lager dijo:

—Daré un vistazo al pozo.

Accionó el cinturón cohete v voló hacia el pozo.

Volvió a horrorizarse al descubrir el cadáver de Palk, a la vez que se sorprendía de no encontrar a Dagge.

Regresó junto a Oms y las chicas.

—¿Y bien, comandante...? —inquirió Jed Oms, temiendo la respuesta.

—En el pozo sólo está Palk. Muerto... —informó Lager. Oms se estremeció.

—¿Y Dagge...?

—Parece ser que huyó.

—¿Con dos cinturones cohete y dos videófonos, y sin ninguno de los fusiles...?

—No, es evidente que no. El hubiera cogido un solo cinturón cohete, un solo videófono, y un fusil.

—¿Entonces...?

—Es posible que no le diera tiempo a coger nada.

—¿Y la falta de los dos cinturones cohete y los dos videófonos...?

-—Debieron llevárselos Gruyo y Wobo. Ulla y Gena respingaron a dúo.

—¿Gruyo y Wobo? —repitió la primera.

—Es la explicación más lógica. Como ellos ya iban armados con sendos fusiles de rayos infrarrojos, no necesitaron coger los fusiles de Dagge y Palk —señaló Lager.

—Entonces, Gruyo y Wobo ya saben que los Vigilantes del Espacio estamos en Kellok. .. —murmuró Oms.

—Sí, claro. Por los equipos de Dagge y Palk, y porque seguramente se asomaron al pozo y descubrieron el cadáver de Palk.

Oms se mesó el cabello.

—Eso me hace pensar algo, comandante.

—¿Qué te hace pensar, Jed?

—Que tal vez Dagge esté en poder de Gruyo y Wobo. Brus Lager frunció el ceño.

—¿Dagge en poder de Gruyo y Wobo? —repitió.

—Les vendría muy bien como rehén, ¿no cree?

Lager quedó pensativo.

—Comandante —continuó Oms—, yo no creo que Dagge intentara la huida sin armas de ningún tipo. Sería tonto, y Dagge, de tonto, no tiene nada. Los animales mataron a Palk, que debió ser el primero en salir del pozo, y Dagge quedó en él, con vida. Gruyo y Wobo lo descubrieron y lo tomaron como rehén.

—Tal vez tengas razón, Jed. Pronto lo sabremos —repuso Lager, sacando del cinto su videófono. Lo accionó y habló—: Comandante Lager, de los Vigilantes del Espacio, llamando a Gruyo y Wobo. Comandante Lager, de los Vigilantes del Espacio, llamando a Gruyo y Wobo.

Transcurrieron unos segundos en silencio.

De pronto, en la diminuta pantalla del aparato apareció la imagen de Gruyo.

—Le escucho, comandante Lager.

—¿Tenéis con vosotros a Dagge? —interrogó Brus Lager. Gruyo sonrió fríamente.

—¿Cómo lo ha

adivinado?
—
Eso
no
importa.
—Sí, es cierto, tomamos
como rehén a Dagge.
—Nosotros tenemos a Ulla y Gena, vuestras
compañeras —comunicó Lager. Gruyo respingó.
—
¿De
veras...?

—Sí.

—¿Y están bien las dos?

—Sí, están bien.

—Caramba, es una magnífica noticia, comandante Lager. ¿Dónde se encuentran ustedes?

—En la madriguera de los animales, como vosotros.

Gruyo volvió a sonreír.

—Se equivoca, comandante Lager. Nosotros salimos de ella hace unos minutos.

—¿En serio?

—Sí, tuvimos suerte y encontramos una salida. Distinta, por cierto, a la que utilizaron los bichos para introducirnos en su morada, cuando estábamos encerrados en aquellas malditas burbujas de sustancia verdosa.

Lager miró un momento a Oms.

Gruyo habló de nuevo:

—Procuren salir cuanto antes de ese laberinto de túneles y recintos y haremos un canje, comandante Lager

—¿Canje?

—Sí. Ustedes nos entregan a Ulla y Gena, y nosotros les entregamos a Dagge. ¿Está cié acuerdo?

Lager miró a las atracadoras.

Las dos aguardaban impacientes su respuesta.

—Sí, estoy de acuerdo —respondió Lager.

—Bien. Llámenos cuando hayan conseguido salir de la madriguera de los animales — dijo Gruyo, y cortó la comunicación.

Brus Lager hizo rápidamente otra llamada:

—Comandante Lager llamando a Tanko. Comandante Lager llamando a Tanko. La imagen del corpulento negro apareció al instante en la minúscula pantalla.

—¿Están en dificultades, comandante?

—No, Tanko. Os llamo para advertiros que dos de los atracadores han conseguido salir de esta complicada madriguera, y tienen como rehén a Dagge.

—¿A Dagge...? —respingó el negro.

—Sí. Quieren canjearlo por las dos mujeres de la pandilla, que siguen con nosotros.

—¿Y el tercer individuo...?

—Ha muerto. Los animales acabaron con él.

—¿Qué saben de Palk, Jessen y Bito?

Brus Lager tardó unos segundos en responder.

—Muertos, también —comunicó gravemente.

Tanko pareció recibir un doloroso golpe en el estómago.

—¿Los... animales?

—Sí —asintió Lager.

El negro se mantuvo callado, como ausente. Brus Lager dijo:

—Nosotros vamos a intentar salir de aquí, Tanko. Vosotros, mientras tanto, tratad de localizar a los dos atracadores y a Dagge, pero no intentéis nada. Limitaos a vigilarlos a

distancia.

—Entendido, comandante.

—Pon al corriente de todo a Dibak, Suro y Holsa, Tanko. Es posible que los tipos intenten algo contra ellos, aprovechando que tienen consigo a Dagge.

—Ahora mismo comunico con la WZ-303, señor.

—Si localizáis a los atracadores, házmelo saber inmediatamente.

—Descuide, comandante.

—Corto, Tanko.

Brus Lager interrumpió la comunicación y devolvió el videófono al cinto.

—Bien. A ver si tenemos la misma suerte que Gruyo y Wobo, y encontramos pronto una salida. En marcha —indicó, poniéndose en movimiento.

CAPITULO XI

Encontraron una salida, sí; pero no pronto.

Tuvieron que recorrer varios túneles más, antes de hallar uno que comunicase con el exterior.

Y, por dos veces, hubieron de hacer frente de nuevo a los horrendos seres que moraban en aquel laberinto de galerías y recintos, que se lanzaron sobre ellos con los temibles aguijones por delante, deseosos de que se quedasen para siempre en su madriguera.

Tan muertos como Ferro, Palk, Jessen y Bito. Pero los que murieron fueron los bichos. Buena parte de ellos, al menos.

Abrasados.

O desintegrados.

La salida que encontraron Brus Lager, Jed Oms, Dana Hagen, Ulla y Gena, no era la que se hallaba sobre la gran roca saliente, disimulada por otra gran roca, sino otra, que daba también a aquellas montañas de aspecto tan siniestro.

Como la salida, disimulada también por una roca —que Lager y Oms consiguieron mover, aunque no sin esfuerzo—, quedaba a unos doce metros del suelo, y no había posibilidad de descender por la pared de la montaña, pues era lisa y casi vertical, hubieron de recurrir a los cinturones cohete.

—Baja tú a las chicas, Jed —indicó Lager, vigilando atentamente los alrededores

—¡Yo primero! —pidió Gena, colgándose del cuello de Oms, al cual quedó tan pegada como el sello a la caria.

Jed Oms carraspeó y le pasó el brazo por la cintura.

—Sujétala bien, Jed, no se te vaya a caer —dijo Lager, con sutil ironía.

—¡Eso digo yo! —exclamó Gena, y se apretó con más fuerza si cabe a Oms. Este se vio obligado a carraspear de nuevo.

Maniobró rápidamente con la barra de mandos y él y la atracadora se fueron para abajo.

La depositó en el suelo.

Ella, sin embargo, no se separó de él ni un centímetro.

—Estamos en el suelo, Gena —tosió Oms, nervioso, porque

sabía que Brus Lager, Dana y Ulla les observaban.
—Qué pronto hemos llegado, ¿no? —sonrió la atracadora.
—Es un descenso corto.
—Tenía que haber sido mucho más largo. Quinientos metros, o así.
—¿Por qué?
—Me gusta permanecer pegada a ti.
—Gena, por favor... —Oms levantó disimuladamente la cabeza—. Nos están mirando desde arriba.
La atracadora levantó la suya, sin ningún disimulo.
—¡Huy!, sí, es verdad... No me había dado cuenta —dijo, y se soltó del Vigilante del Espacio.

Este indicó:
—Quédate aquí, Gena.
—¿Adónde podría ir? —repuso ella, irónica.
Jed Oms movió la palanca de mandos y se fue para arriba.
—¡Ahora yo! —dijo Ulla, cuando Oms estuvo con ellos, y se pegó a él, tan descaradamente como Gena.
El nerviosismo de Jed Oms se acentuó, al ver el gesto socarrón de Brus Lager. Rodeó rápidamente la cintura de Ulla y descendió con ella.
Dana Hagen dijo:
—Comandante Lager, será mejor que Jed se quede abajo, con Ulla y Gena.
—¿Por qué?
—Podrían intentar la huida,
—Sería estúpido. Nosotros tenemos armas, y ellas, no.
—Precisamente por eso. Ni Jed ni usted serían capaces de disparar sobre ellas, y Ulla y Gena lo saben. Se verían obligados a perseguirlas, y eso sería un problema. ¿O no?
Brus Lager sonrió.
—¿Sabes que eres una chica muy inteligente, Dana?
—¿Usted cree?
—Además de bonita.
—Oh, muchas gracias —repuso ella, devolviéndole la sonrisa. Lager miró hacia abajo y dijo:
—No es necesario que subas otra vez, Jed. Yo bajare a Dana.
—Entendido —respondió Oms, alegrándose, porque el contacto de otro joven y hermoso cuerpo femenino hubiera sido peligroso para él, dado su grado de excitación.
—Cógete de mi cuello, Dana —indicó Lager. La muchacha obedeció.
Su cuerpo y el de Brus Lager entraron en contacto inevitablemente. Y fue un contacto muy agradable.
Para los dos.
Se miraron a los ojos. Larga

y
profundamente.
¿Es usted casado, comandante Lager? —preguntó Dana.
—No.
—¿Tiene novia?
—No. ¿Y tú, tienes novio?
—No.
—Me alegro.
—Yo también.
—¿De no tener novio?
—De que usted no esté casado ni tenga novia.
El brazo de Brus Lager ciñó la flexible cintura femenina y presionó ligeramente. El contacto de sus cuerpos se hizo más apretado.
Los ojos de Dana Hagen brillaron intensamente.
Brus Lager accionó su cinturón cohete y los dos se fueron para abajo, sin dejar de

mirarse.

Mientras descendían, Gena, con ironía, dijo:

—Parece que Dana también tiene miedo de caerse

—Comprensible. El comandante Lager es un tipo muy apuesto —repuso Ulla—. Pero a mí me sigue gustando más Jed.

— Y a mí — dijo Gena.

—Chicas, que me vais a sofocar... —carraspeó Oms.

Las atracadoras rieron.

Brus Lager dejó a Dana Hagen en el suelo y miró a su segundo.

—¿Les has contado algún chiste a las chicas, Jed?

—Oh, no, señor — respondió Oms.

— ¿Y por qué reían?

—Están contentas, porque van a reunirse pronto con sus compañeros.

— Ya.

Lager extrajo su videófono.

Iba a llamar a Tanko, pero en aquel preciso momento apareció en el cielo la pequeña nave de los atracadores, tripulada ahora por el negro, Long, y Altig.

La nave se detuvo en el aire y luego comenzó a descender verticalmente, posándose a unos pocos metros de Lager, Oms, y las chicas.

La puerta se abrió y Tanko, Long y Altig saltaron al suelo,

—

¡Comandante Lager!

¡Jed!

Lager v Oms fueron abrazados por sus tres compañeros.

—¿Están bien, comandante.,.? —inquirió Tanko.

—

Ya veis que sí,

—Gracias a Dios que encontraron una salida

—No fue sencillo, Tanko. ¿Habéis localizado a los atracadores y a Dagge? —preguntó Lager.

—No, señor. Los hemos buscado por todas partes, pero no hemos podido dar con ellos. Deben hallarse bien escondidos.

—¿Sin novedad en la WZ-303?

El fornido negro asintió con la cabeza.

—Los tipos no se han acercado a ella, comandante.

Brus Lager accionó su videófono.

—Comandante Lager llamando a Gruyo. Comandante Lager llamando a Gruyo. El duro rostro de Gruyo apareció en la pequeña pantalla,

—Hola, comandante Lager. ¿Lograron salir ya del laberinto...?

—

Sí, acabamos de

salir.

—Me alegro.

—¿Estáis dispuestos para realizar el canje?

—Todavía no.

—¿Cuándo lo llevaremos a cabo?

—Yo lo decidiré, comandante Lager. Ustedes vuelvan a su nave. Todos. Y esperen allí hasta que yo les llame. ¡Ah!, una advertencia. Si manda a algunos de sus hombres en nuestra busca, Dagge sufrirá las consecuencias. Quiero juego limpio, comandante.

—Jugaremos limpio, no temas —prometió Lager.

—Será mejor para todos. Regresen a su nave y esperen mi llamada. Corto. Brus Lager apagó el aparato y permaneció pensativo unos instantes.

—¿Qué hacemos, comandante? —inquirió Jed Oms,

—Regresar todos a la nave.

—Los tipos traman algo,

—Sí, yo también !o creo así. Pero no podemos lanzarnos en su busca, mientras tengan en su poder a Dagge.

—Si lo hacen, lo matarán —advirtió Ulla—. Gruyo jamás amenaza en broma.

—Pueden estar seguros de ello —añadió Gena.

Lager las miró a las dos.

—Volvamos a la nave —masculló.

Subieron todos a la pequeña nave de los atracadores. Tanko puso en funcionamiento los motores y seguidamente efectuó el despegue.

La nave se elevó verticalmente, giró en el aire, y se dirigió veloz al lugar donde tomara tierra la WZ-303.

CAPITULO XII

A bordo de la WZ-303, los minutos transcurrían con desesperante lentitud. Todos estaban pendientes de la llamada de Gruyo.

Y Gruyo no llamaba...

—Quieren ponernos nerviosos, comandante —rezongó Jed Oms.

—Pues lo están consiguiendo —masculló Brus Lager.

—Lo de canjear a Dagge por Ulla y Gena, no acabo de verlo claro.

—Ni yo. Tras el canje, los cazaríamos fácilmente a los cuatro, y ellos lo saben.

—Exacto. Por eso creo que no soltarán a Dagge. Es lo único .que puede impedir que los atrapemos.

—No tenemos más remedio que esperar, Jed. Cuando Gruyo llame, y nos exponga claramente sus condiciones, decidiremos.

—Esperemos que sea pronto.

—¿Quién vigila a Ulla y Gena? —pregunto Lager.

—Tanko.

—¿Le has dicho que no se confíe?

—Sí, aunque no creo que fuera necesario.

—Nunca se sabe, Jed. Ulla y Gena son dos chicas muy peligrosas.

—No sorprenderán a Tanko, esté tranquilo.

—Estaré más tranquilo si las traes a la cabina de mandos. Ve por ellas, Jed.

—A la orden.

Oms abandonó la cabina de mandos y se dirigió al camarote donde permanecían encerradas las dos atracadoras.

Tanko lo custodiaba, con un fusil de rayos caloríficos en las manos.

—Hola, Tanko —saludó Oms.

—Hola, Jed.

—¿Han intentado algo las chicas?

—Seducirme —respondió el negro, sonriendo ampliamente. Oms respingó.

—¿Bromeas?

—En absoluto.

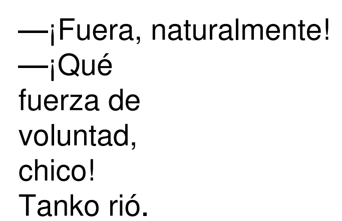
—Cuenta, Tanko —rogó Oms.

—Hace un rato dieron unos golpes en la puerta. Cuando abrí, estaban las dos desnudas de cintura para arriba.

—¡Diablos! ¿Y qué hiciste tu?

—Cerrar la puerta inmediatamente.

—¿Quedándote fuera o dentro?



—¡Fuera, naturalmente!

—¡Qué fuerza de voluntad, chico!

Tanko rió.

—Soy un gato viejo, Jed. Aparte de que sabía que lo único que pretendían era apoderarse de mi fusil, yo no pierdo el seso cuando veo a una mujer desnuda, ya sea parcial o totalmente.

—Eso está bien —sonrió Oms.

—¿A qué has venido, Jed?

—El comandante me ha ordenado que lleve a las chicas a la cabina de mandos. Y como les dé por quedarse en cueros allí...

—Cuidado, Jed. No me extrañaría que lo estuviesen ya.

Oms respingó de nuevo.

—¿Tú crees...?

—Apostaría a que sí —cabeceó el negro.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Al poco de cerrar yo la puerta, volvieron a llamar.

—¿Y...?

—Bueno, pensé que, al no haber conseguido embaucarme con sus medios cuerpos desnudos, se habrían desnudado totalmente, y no abrí.

—Pues yo sí voy a tener que abrir, Tanko...

—Sí, tú no tienes más remedio que hacerlo.

—Espero poder resistirlo.

—¡Claro que lo resistirás! —rió nuevamente el negro.

—Es que llueve sobre mojado.

—¿Qué quieres decir?

—No, nada —carraspeó Oms.

Llenó sus pulmones de aire y abrió la puerta del camarote, con su mando de control remoto.

Se alegró al ver que tanto Ulla como Gena estaban completamente vestidas. Así tendría menos problemas.

Las atracadoras también se alegraron de verle.

—¡Jed! —exclamó Ulla.

—¡Hola, simpático! —exclamó Gena.

Oms sonrió.

—¿Qué tal, chicas?

—¡Entra y cierra la puerta! —sugirió Ulla.

—¡ Sí, tenemos que contarte una cosa! —agregó Gena.

—Será mejor que se la contéis al comandante Lager.

—¿Al comandante Lager? —repitió Ulla.

—Me ha ordenado que os lleve a su presencia —comunicó Oms.

—¿Acaso ha llamado ya Gruyo...? —inquirió Gena.

—Creo que sí —mintió Oms, porque intuía que así las atracadoras no le pondrían dificultades para trasladarlas a la cabina de mandos.

Y no se equivocó.

Ulla y Gena se dejaron conducir dócilmente, sin intentar nada. Jed Oms iba delante de ellas, y Tanko, detrás.

En la amplia cabina de mandos, junto con Brus Lager y Dana Hagen, se encontraban ahora el resto de los miembros de la tripulación: Long, Altig, Dibak, Suro y Holsa.

—¿Qué ha dicho Gruyo, comandante Lager. . ? —inquirió Ulla.

—Nada, por ahora —respondió Lager.

—¿Eh?

—Estamos esperando su llamada.

Ulla y Gena miraron a Jed Oms, ceñudamente.

—¿No habías dicho que...? —empezó a barbotar la primera. De pronto, Long exclamó —¡Comandante Lager!

Brus Lager se volvió hacia él.

—¿Qué ocurre, Long?

—¡Alguien se aproxima, señor! —advirtió Long, señalando el mirador. Todos volvieron los ojos hacia allí.

En efecto.

Alguien se aproximaba.

Propulsado por un cinturón cohete y con un fusil de rayos infrarrojos en la mano izquierda.

—¡Es Gruyo! —exclamó Gena.

—¡ Sí, es él! —gritó Ulla.

El atracador se posó en el suelo, a unos veinte metros de la proa de la WZ-303. Desde allí, efectuó la llamada. Brus Lager accionó su videófono.

—¿Qué tal, comandante Lager?

—Habla, Gruyo.

—Abran la puerta de su nave. Quiero subir a bordo. —Sin el fusil —condicionó Lager.

—Con el fusil.

—No.

Gruyo rió.

—¿Qué sucede, comandante Lager? ¿Tienen miedo de un solo hombre...? Brus Lager intercambió una mirada con Jed Oms. Este aconsejó:

—Déjelo subir, comandante. Nosotros somos ocho. No creo que se atreva a intentar nada.

—De acuerdo, Gruyo. Puedes subir —accedió Lager.

—Gracias, comandante.

Lager ordenó que abrieran la puerta de la nave. Segundos después, Gruyo penetraba en la nave, tranquilo y sonriente. Gena hizo ademán de correr hacia él, pero la autoritaria voz de Brus Lager la detuvo:

—¡Quieta! No os mováis ninguna de las dos...

—¡Quiero darle un abrazo a Gruyo! —dijo Gena.

—Ya se lo darás después, cuando hayamos efectuado el canje.
—De eso he venido a hablarles, del canje —dijo Gruyo.
—Te escuchamos, Gruyo.
El atracador se rascó detrás de la oreja.
—Wobo y yo hemos estado pensando, comandante Lager.
—¿Y...?
—Si quieren a Dagge, tendrán que ofrecernos algo más a cambio.
—¿No es suficiente con Ulla y Gena?
—No, no es suficiente.
—¿Qué más queréis?

—Nuestra nave, para poder abandonar Kellok.

—Está bien, os la devolveremos —accedió Lager.

—Con el botín.

—Eso sí que no.

—Vamos, comandante. ¿Es necesario que le recuerde que la vida de uno de sus hombres depende de ello...? Brus Lager apretó los maxilares.

—De acuerdo, os devolveremos también el botín. Gruyo se tironeó el lóbulo.

—Aún hay más, comandante Lager...

—¿Sí?

—La chica —Gruyo señaló a Dana Hagen.

—¿Qué pasa con ella?

—Nos la llevaremos como rehén.

La empleada del Banco Intergaláctico de Syro se estremeció visiblemente.

—Estás loco, si piensas que voy a acceder a eso, Gruyo —repuso Lager, los músculos faciales endurecidos.

—Necesitamos a Dana, comandante Lager, para evitar que usted y sus hombres nos sigan, tan pronto como abandonemos Kellok. Nos atraparían fácilmente, dado el poderío de su nave. Llevando a la chica con nosotros, ustedes no intentarán nada. Ni ninguna otra nave de los Vigilantes del Espacio.

Brus Lager apretó los puños.

—Dana no saldrá de esta nave.

—Entonces, Dagge morirá —repuso Gruyo. Sobrevino un silencio.

Cargado de tensión.

Dana Hagen, pálida, murmuró:

—Iré con ellos, comandante Lager.

—No —respondió Brus Lager.

—No puedo permitir que Dagge muera por mi culpa.

—No morirá, Dana.

—Sí morirá, comandante —aseguró Gruyo, con gesto maligno. Lager lo taladró con la mirada.

Sin apenas despegar los dientes, advirtió:

—Si os atrevéis a hacerle algún daño a Dagge, os destrozaré con mis propios puños, Gruyo. A ti y al cerdo de Wobo. ¡Por Dios que lo haré!

Dio la impresión de que la amenaza del comandante de la

WZ-303 había puesto nervioso al hasta entonces sereno y aplomado Gruyo.

Este pareció que iba a decir algo, cuando Ulla gritó:

—¡Alguien se acerca a la nave, Gruyo!

Todos los ojos se clavaron al instante

en el amplio mirador. Sí.

Alguien se acercaba.

Propulsado por un cinturón cohete y con un fusil de rayos infrarrojos en la mano izquierda.

—¡Es Dagge! —gritó Jed Oms.

—¡Debe haberse librado de Wobo! —exclamó Dana Hagen.

—¡Maldición! —rugió Gruyo, levantando su fusil, con intención de abrir fuego contra Brus Lager y sus hombres.

No tuvo tiempo de apretar el gatillo.

Lager saltó sobre él como un felino y lo derribó.

Gruyo perdió el fusil.

Trató de recuperarlo, pero los puños de Brus Lager entraron en acción y se lo impidieron.

Jed Oms se apoderó rápidamente del fusil del atracador

Ulla y Gena se dijeron que había que hacer algo. Y lo hicieron.

La primera saltó sobre Oms, al que tiró al suelo, y luchó por arrebatarle el fusil. Gena, por su parte, se arrojó sobre Tanko, con las mismas intenciones.

Pero el negro, que acababa de presenciar la acción de Ulla, estaba prevenido, y no cayó al suelo.

—¡Quieta, fiera! —ordenó Tanko, sujetándola, en alto, con sus hercúleos brazos.

—¡Negro apestoso! —barbotó Gena, pataleando con rabia.

—Con que negro apestoso, ¿eh? ¡Ahora te diré yo a ti!

Tanko se sentó en una silla, tendió a la atracadora sobre sus robustas rodillas, y comenzó a calentarle el trasero con ganas.

Gena empezó a dar chillidos, porque el negro tenía la mano grande y pesada, y le estaba haciendo pupa.

—¡Socorro, Gruyo...! —aulló.

Pero Gruyo no estaba en condiciones de prestar socorro a nadie. Más bien necesitaba que se lo prestasen a él.

Sí, porque Brus Lager le estaba propinando una soberana paliza.

—¡Negro apestoso! —barbotó Gena, pataleando con rabia.

Era un auténtico aluvión de golpes, que Gruyo no acertaba a esquivar, ni mucho menos a devolver.

Jed Oms, por su parte, también había conseguido inmovilizar prácticamente a Ulla contra el suelo.

—¡Suéltame, maldito! —rugió la atracadora, el rostro congestionado de ira.

—¿Te molesta mi proximidad...? —preguntó Oms, socarronamente.

—¡ Apártate de encima de mí o te tapo un ojo de un salivazo! —amenazó Ulla.

—Como te creo muy capaz de hacerlo, no tengo más remedio que tomar precauciones
—repuso Oms, y pegó bruscamente su boca a la de ella.
Ulla se debatió furiosamente, pero no consiguió librarse de Jed Oms.
Gena seguía dando chillidos, porque Tanko seguía zurrándole en las prietas nalgas, incansable.
También Brus Lager seguía
zurrándole a Gruyo con ganas. Pero
Gruyo no gritaba.
Ya no le quedaban fuerzas ni para eso.
Lager cargó de dinamita su puño diestro y lo lanzó contra la ya tumefacta cara del atracador, donde hizo explosión.

Fue el final de la pelea, pues Gruyo se vino abajo estrepitosamente *y* ya no se movió. Había perdido el sentido.

—¡Socorro, comandante Lager...! —chilló Gena.

Brus Lager se volvió.

Al ver lo que estaba haciendo el corpulento Tanko con ella, rió y animó:

—¡Sigue, Tanko, sigue! Y que nadie moleste a Jed —ordenó, al descubrir a su segundo sobre Ulla, besándola de un modo casi salvaje.

Los miembros de su tripulación y Dana Hagen rieron también. Algunos de ellos, hasta aplaudieron.

Lager se acercó a Dagge, que ya se hallaba a bordo.

—¿Estás bien, Dagge? —inquirió, oprimiéndole el hombro.

—Sí, comandante —sonrió Dagge, que ofrecía algunas señales de golpes en el rostro.

—Cuéntame qué pasó.

—Conseguí soltarme y me lancé sobre Wobo. Luchamos. Wobo se golpeó en la nuca contra una roca y murió en el acto. Quise avisarles por el videófono, pero debió estropearse durante la pelea, pues no pude conseguir que funcionara, así que me vine rápidamente hacia aquí.

Lager sonrió.

—Llegaste en el momento oportuno, Dagge.

—Me alegro, señor.

Lager se volvió.

Gena ya no chillaba.

Sólo sollozaba.

Resignada a su suerte.

Tampoco Ulla luchaba con Jed Oms.

La fogosidad del beso que le estaba dando el segundo de a bordo parecía haberla amansado, y hasta daba la impresión de que lo recibía complacida.

Brus Lager volvió a reír.

EPILOGO

Brus Lager llamó a la Base de los Vigilantes del Espacio, poco después de que la W-Z-303 y la pequeña nave de los atracadores, tripulada por Long y Altig, despegasen del planeta Kellok.

Informó de todo a Lunk Rochma,

—Y los exploradores de la Confederación Espacial que aseguraban que no existía ninguna clase de vida en Kellok... —murmuró el jefe supremo de la Base.

—Hay que disculparlos, señor. La vida, en Kellok, está en el subsuelo, y no existe el menor signo externo de ella. La impresión que da Kellok, es la de ser un planeta muerto. Comprensible, pues, que los explorado- de la Confederación Espacial lo explorasen sólo superficialmente —repuso Lager.

—Bien —suspiró Rochma—, Lo importante es que ustedes hayan rescatado a la empleada del Banco y recuperado el valioso botín. Lo triste, naturalmente, que tres de sus hombres hayan perecido en la lucha contra esos horribles seres. Diríjanse ustedes a Syro, comandante Lager. Allí entregaran a la Justicia a los tres asaltantes que han logrado capturar con vida. Después, emprendan el regreso a la Base. Las tres bajas habidas en su tripulación, deben ser cubiertas,

—Entendido señor.

—Hasta pronto, comandante Lager. Lunk Rochma cortó la comunicación.

Brus Lager apagó la gran pantalla electrónica y se levantó del sillón, trasladándose seguidamente al camarote que le había sido destinado a Dana Hagen.

Ulla y Gena habían sido encerradas en el mismo de antes, pero ahora, con las manos atadas a la espalda, para que no pudieran intentar nada.

Gruyo ocupaba un tercer camarote, fuertemente maniatado.

Brus Lager accionó su mando de control remoto y la puerta del camarote de la empleada del Banco Intergaláctico de Syro se abrió.

Dana Hagen se hallaba tendida en la litera, los ojos cerrados. Parecía dormida.

Lager penetró en el camarote y cerró la puerta.

Se acercó a la litera, sentándose en ella.

Tras observar a la bella muchacha unos segundos, se inclinó V la besó suavemente en los labios

Ella abrió los ojos y le sonrió.

—Hola, comandante.

—¿Te he despertado?

—No estaba dormida.

—Tenía los ojos cerrados...

—Se sueña mejor así.

—Oh, estabas soñando despierta.

—Sí.

—¿Y qué soñabas?

—No lo creerá, pero lo que yo estaba soñando, ha ocurrido.

Lager subió las cejas.
—¿De veras soñabas que yo entraba en el camarote, me sentaba en la litera, y te besaba en los labios...?
Dana asintió graciosamente con su cabecita.
—Si.
—¿Y... no has soñado nada más?
—Sí.
—¿Qué más has soñado?
—No puedo decírselo.
—¿Por qué?
—No estaría bien.
—¿Estaría bien... que sucediera?
—Sí, eso sí.
Brus Lager la besó de nuevo. Con vehemencia, esta vez. .
Dana Hagen le rodeó el cuello con sus brazos y le devolvió el beso, con idéntica pasión. Después, se miraron a los ojos.
—Me gustas, Dana. Me gustas mucho.
—También usted me gusta a mí, comandante.
—Ser la esposa de un Vigilante de! Espacio tiene sus inconvenientes, ¿sabes?
—No me importa.
—Sólo un mes, de cada cuatro, podremos estar juntos.
—Serán treinta días maravillosos, si los sabemos aprovechar bien.
—¿Quiere eso decir que...?
—Si —asintió Dana, los ojos resplandecientes de felicidad. Se besaron de nuevo, con ardor.
Las manos de Lager se deslizaron hacia la nuca de su futura esposa y soltaron los finos tirantes del corto vestido, el cual hizo descender lentamente.
Segundos después, Dana Hagen se estremecía y gemía dulcemente al contacto de las manos de Brus Lager. Apretó más su boca a la de él.
El peligro y el horror padecidos en el planeta Kellok había quedado atrás. Era tiempo de amarse.
Y Brus Lager y Dana Hagen se amaron
Larga

y
apasionadamente.
Como
debe
ser.
¿O no...?

F
I
N


DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series
CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO
las primeras ediciones
de las obras de
M. L. ESTEFANIA
el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.
APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)
Impreso en España
PRECIO EN ESPAÑA: 30 PTAS.